



ERCOLE LISSARDI

LA BESTIA

LISSARDI, ERCOLE

LA BESTIA

1ª ed.: setiembre de 2010

108 p.; 14 x 22 cm.

ISBN: 978-9974-687-43-1

© 2010, Ercole Lissardi

© 2010, Casa editorial HUM

Jackson 1111 - C.P. 11200

Montevideo, Uruguay

www.casaeditorialhum.com

hum@montevideo.com.uy

Diseño de cubierta: Juan Carve

Ilustración de portada: Juan Carve

Retrato de solapa: Matías Bergara

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta y solapas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

I
¡ATRAPADO!

Lo último que supe de mí fue que estaba en el juncal, a punto de cerrar los ojos para dormir una siesta. Deslizándome hacia el sueño, abandonando la zona de vigilia. En lo más espeso del juncal, ya junto al río, en la tierra húmeda, me había hecho un colchón de hierba tierna y me había armado un techito con hojas de palmera, y ahí acostumbraba descansar a la hora del sol insoportable. Los escarceos con mi par de nínfulas insaciables me habían dejado agotado. Agarrotado, como siempre, porque esa es mi condición, pero exhausto. Podía sentir secos y vacíos los conductos interiores y los receptáculos colgantes. Podía sentir mi potencia aplacada hasta el sopor. Eso fue lo último que supe de mí. Creo que una mariposa azul se me había posado en la punta del garrote para libar las dulzuras de mis nínfulas, y creo que no tuve fuerzas para espantarla.

Me despertó una luz tan blanca que en su blancura se disolvió todo lo que me rodeaba. Después hubo un chasquido ensordecedor. Me pareció como si alguien hubiera agitado un látigo enorme, grande como toda la floresta. Y ahora estoy aquí, como me véis, parloteando sin cesar dentro de mi cráneo, diciendo cosas que no quiero decir, con una voz que no llega a mis labios, y que no es mía, y utilizando palabras de las que ni siquiera sé su significado. Ahora estoy aquí, desnudo en esta jaula. No recuerdo jaulas, no sabía que hubiera esto: jaulas. Lugar pequeño del que no es posible salir y desde el cual, estando dentro puede verse hacia fuera. Y viceversa. Que es lo que hacen todo el tiempo, mirarme. A mí, aquí, desnudo. No recuerdo desnudo. Nunca tuve ropa pero nunca estuve desnudo. Estoy desnudo porque me miran desde fuera. Si no me miraran no lo estaría.

¿Quién me mira? Homúnculos de piel muy blanca, vestidos con túnicas blancas. Pequeños y nerviosos. Cada tanto uno se acerca a la jaula. No se acerca mucho. Me temen. Se acerca y me habla. Me pregunta mi nombre. No recuerdo nombre alguno. De todas maneras no podría contestarle. No puedo hablar como él. No sé hacerlo. El chip tampoco sabe. Un chip, sí. Un implante profundo. Como si alguien hubiera venido a habitar en mí cerebro. A hablar por mí, deseando hacer uso de mi boca pero sin saber hacerlo. Al principio yo creía que todo lo que resonaba en mi mente salía lípidamente por mi boca. Que hablaba como los homúnculos de túnica blanca. Pero no es así. Lo que sale es un balbuceo; menos aún: una especie de gruñido, incomprensible para ellos.

La jaula está en este recinto enorme, con una sola puerta, allá lejos, y con techo de vidrio, de manera que de día veo el cielo, un cielo pálido, debilucho, y las nubes, unas nubes apesadumbradas, deshinchadas, y —nunca más que un rato— también el sol, un sol enfermizo que apenas entibia. Y de noche veo las estrellas, pero son estrellas sin luz, y veo la luna, pero es una luna amarillenta, como aquejada de ictericia, una luna que no sirve para nada.

Los homúnculos son dos, ninguno de los dos tiene pelo en la cabeza, los dos llevan gafas, los dos esconden continuamente las manos en los bolsillos de sus túnicas. Se turnan. A veces viene uno, a veces viene el otro. Están poco rato. A veces se acercan a la jaula. No mucho. Y me preguntan quién soy, si sé mi nombre, de dónde vengo. Con vocecitas metálicas y mesuradas. No respondo. No sé decir. No sé emitir. Seguramente piensan que soy un poco o totalmente idiota. A veces alguno se sienta en una silla a mirarme. Cruza las piernas, cruza los brazos. Suspira. Yo me siento en el piso y lo miro mirarme. Frunce el ceño, como si estuviera haciendo un

esfuerzo, o como si yo le ocasionara preocupación o compasión. Cuando se acercan puedo olerlos. Huelen bonito. Raro. Como si fueran plantas raras, de esas que de pronto en medio de la espesura se hacen notar aunque no se llegue a verlas por lo escondidas o por lo pequeñas. Ellos también me huelen. Fruncen la nariz. No les gusta cómo huelo.

Pero casi siempre estoy solo. O más bien, no hay nadie aquí conmigo, a la vista, aunque no estoy solo: ahí está la cámara que me mira fijo, sin pestañear. Y el micrófono, que no se pierde uno solo de mis gruñidos, sea despierto o dormido. Me dan la comida utilizando una bandeja giratoria. Han terminado por comprender que no como carne ni nada cocinado. Como la fruta insípida, pasmada que me dan. No bebo su agua, que sabe a rayos. Bebo su leche, aunque sabe a cualquier cosa menos a leche. Han terminado por comprender que el menú que más les soporto es el de miel, huevos y leche.

Cago en el asiento blanco. Al principio creí que era una fuente y bebí de su agua, y cagué en el otro rincón. Uno de los homúnculos, el que tiene brillos dorados en los dientes, me dijo: Ese asiento es para cagar, bestia inmundita. Me senté y cagué y él hizo correr el agua llevándose el excremento pisando una especie de pedal que está fuera de la jaula. Muy ingenioso. Voy aprendiendo. Le mostré los dientes, pero no se le borró la expresión de asco que tenía en la cara. Lo difícil es mear en el asiento blanco, dado el agarrotamiento que me caracteriza. La solución es no sentarme sino montarme en el asiento blanco, de cara a la pared, y empujar hacia abajo mi arborescencia. Antes, aquí, soltaba mis secreciones en cualquier parte. Ahora que estoy en campaña para que no entren a limpiar las suelas en el asiento blanco. Me monto como para mear.

Limpian la jaula de noche, mientras duermo. Duermo en el piso, sobre una manta. El piso es duro, de piedra, pero la cama es demasiado blanda. Alguien entra en la jaula y limpia mientras duermo. Lo cual es raro. Mis oídos captan el más mínimo rumor en la espesura. Oigo conversar a las plantas. Y sin embargo cada noche alguien entra en la jaula y limpia. Y no lo oigo. Al despertar, el olor de la limpieza es tan insoportablemente penetrante que, hasta que termina de disiparse, siento náuseas. Calculé que si no ensuciaba nada en absoluto dejarían de venir a torturar mi olfato. Empecé a poner los restos de comida en la bandeja giratoria para que no tengan que entrar a sacarlos. Pero entran igual. Quizá, puesto que me temen, si no durmiera no entrarían. De todas maneras dormir aquí es otra tortura. Duermo sin placer y sin sueños y me despierto cansado. O, más que cansado, sin fuerzas. Siento como si cada día un poco de energía se me escurriera fuera del cuerpo. El primer día, cuando intenté doblar los barrotes de la jaula, sentí que tenían que hacer un esfuerzo para resistir y no doblarse. Ahora cuando lo intento ya no siento nada. Se ríen de mis esfuerzos.

No recuerdo recordar. No antes de estar aquí. Cuando estaba afuera, en la espesura, no recordaba, no sabía recordar, no sabía qué es recordar. Ahora recuerdo todo. Recuerdo cada día que he estado aquí, cada detalle. Pero sobre todo recuerdo antes. Recuerdo la floresta, la espesura, el río, el juncal, mis ninfas, sus cuerpos pequeños y profundos. El zumbido metálico de miríadas de insectos. Luego, eclipsándolos a todos, el zumbido de un moscardón. No, de un abejorro. Abultado como un puño, como una pelota de tenis. Se posa sobre mis labios. Recibe mi aliento. Camina torpe, como borracho y de un salto trepa a mi nariz. Abro los ojos. Nos miramos a los ojos. Tanto rato que vuelvo a dormirme.

El homúnculo de los dientes de oro ha acercado la silla y se ha sentado a observarme, inmóvil y silencioso como una serpiente. Ha colocado una pierna sobre la otra y se sujeta la rodilla con las manos. Yo estoy sentado en el fondo de la jaula. Empuño el garrote y tironeo de él, suavemente. Al rato empiezo a sentirme liviano como una nube en el viento. Podría ir y montar en el asiento blanco y soltar allí la cosa. Pero no. La bestia inmundada ha concebido un plan B. Me paro y me acerco a los barrotes de la jaula, frente a él. Pestañea, alarmado. Me teme. Es estúpido y me teme. No debiera. Soy sólo una bestia inmundada juguetona. Apoyo la pelvis en la reja de modo tal que el garrote sale entre los barrotes apuntando hacia él. Sus zapatos brillan como si fueran de charol y sus medias color crema son de hilo natural. Aprieto discretamente las nalgas una y otra vez, preparándome. Él, inquieto, me mira a los ojos. No sé qué estoy haciendo. Sabe que hay algo raro. Pero la sospecha no le alcanza como para iniciar una prudente retirada. No sabe qué estoy haciendo hasta que salta la mancha blanca, salta como un mono de un árbol al otro, y para entonces, ya es tarde. Le da en plena cara. Se le queda trepada en la cara, sobre la nariz y la boca. En su intento de huida se enreda en la silla y se va al piso. Manotea en el piso para sacarse aquello de encima, como si hubiera caído en un avispero. Se limpia con las mangas de la túnica. Se va, a paso redoblado, sale por la puertita allá a lo lejos. Le tapé la boca. Incapaz de articular palabra con aquello en la cara, por esta vez se quedó sin recordarme que soy una bestia inmundada.

Por primera vez dormí en la cama. He terminado por encontrar el piso demasiado duro. La jaula me está arruinando. Pierdo tonicidad muscular rápidamente. Pero dormir en la cama ha sido peor. Me desperté con todo el cuerpo dolorido. Como consecuencia estuve en una especie de sopor durante todo el día. Ojalá esta voz ajena que resuena sin cesar

en mi cráneo, esta voz con la que digo esto, esta voz que pretende ser mi voz, cosa que niego, me sirviera para algo útil, me sirviera para gritarles que me saquen de aquí, para rogarles que me saquen de aquí.

A través del techo de vidrio veo el relámpago, me llega el tronar, la lluvia cayendo sobre el vidrio se convierte en un velo, pero no puedo recibir en las narinas el olor de la lluvia, y no puedo refrescarme la piel con la lluvia. Se me desarticula la vivencia de la tormenta, la veo y la oigo, pero no la siento, no la recibo en pleno cuerpo. Sólo me queda cerrar los ojos y recordar cuando el mundo era de una sola pieza. Para eso, al menos, sirve recordar. Los cuerpos pequeños y profundos de mis nínfulas. Sus tetitas puntiagudas que ni pesan, y que desaparecen en mis manotas. Sus grandes bocas rosadas, prontas para sajarse en una sonrisa ávida. El pelo negro y largo ocultando las miradas pícaras, movedizas, animales. Mis pequeñas nínfulas, livianitas como plumas, duras y flexibles como alambre de cobre, golosas de mi cuerno, golosas hasta hartarse y agotarme.

Tampoco ellas tienen los dudosos dones de la memoria y el habla. Cada vez que me ven es como si me hubieran olvidado completamente. Tal y como yo. Tal y como es, sin memoria y sin palabras, nuestro mundo en lo hondo de la espesura. Donde el río ancho y lento baña el juncal. Mi garrote es largo y grueso como mi antebrazo, y se yergue rígido hasta cuando duermo. La mancha blanca que suelta huele a flores secretas, a flores que abren en la oscuridad de las cavernas. Mis fierecitas a veces quieren recibirla sobre la piel, como si tuviera propiedades curativas o cosméticas, que seguramente las tiene, y se untan con ella la cara, el cuello, los flancos, las tetitas, los muslos, las pantorrillas y entre los dedos de los pies. Se ayudan untándose una a la otra. Si no les alcanza

saben bien cómo conseguir rápidamente un poco más de mancha blanca.

Me gusta encontrarlas sesteando en algún rincón fresco de la floresta. Dormidas cara a cara, en espejo, una mano haciendo de almohada y con la otra tocándose las yemas de los dedos, como si a través de ese puente mínimo pero hipersensible compartieran sus sueños. Es muy difícil que no las despierten mis pisadas, por más que me esfuerce por silenciarlas. Pero ocultan sus ojos pícaros. Fingen que, vencidas por la modorra, esta vez no darán batalla. Al unísono, en espejo, como respondiendo al mandato de un sueño en común, se vuelven boca arriba y separan las rodillas. La coreografía de la delicia continúa con dedos remolones abriendo las boquitas lampiñas y ofreciendo el rosa pálido, la humedad que despierta la sed pero no la calma. Se me agita el pecho, se me mojan los sobacos, se me nubla la vista por la ansiedad.

Avanzo, persuadido de la honradez de la oferta, olvidado de su espíritu burlón. Entonces, al unísono, súbitas como ranitas, saltan una para cada lado y corren, y sus risas y chillidos se pierden en la espesura. Pesado, bamboleándome como un oso, corro tras ellas. No las alcanzaría jamás si no me dejaran alcanzarlas. Me llevo todo por delante. Las ramas bajas, que me azotan. Las malas hierbas, que me rozan y me irritan la piel de las pantorrillas. Las espinas, que me sangran, son espuelas, acicates para el deseo. Es la cacería del placer, implacable y deliciosa. Puede que no tenga memoria, pero adivino dónde se esconden, y allí las encuentro. Risueñas, ahora me hacen fiestas, felicitándome por haberlas alcanzado. Agotado por la loca carrera, me tiendo en el pasto fresco.

Fragantes, silvestres, golosas, mariposean sobre mi cuerpo. Me atienden. Tienen las lenguas largas, rosadas y puntiagu-

das. El pelo negro y largo oculta sus miradas agudas y escu-
ridizas, como de bicho de matorral. Juguetean, me dan ser-
vicio. Sus cuerpos son pequeños, pero elásticos, flexibles, y
profundos. Soy su Gulliver. Me inmovilizan tejiéndome enci-
ma una red hecha de baba dulcísima y de uñas cariciosas.
Cuando me tienen al borde del abismo las espanto como a
moscas. Ahora es una por vez. La que espera se abraza las
rodillas y observa. La que se somete pone los ojos en blanco
mientras su boca vertical ingurgita milagrosamente toda la
pieza. Busca acomodo para que llegue hasta el fondo de su
cuerpo, pero no llega. Son muy profundas. Mientras me
esfuerzo su cuerpo escuálido pierde mares de agua, se tensa
y destensa, su garganta emite de a ratos gorjeos delicados y
de a ratos gruñidos de cerda. Hasta que no puede más, me
deja su cuerpo y se abandona al sopor y al sueño.

Viene entonces la otra y se me para delante. Abre su vulva
con los dedos y me la ofrece como se ofrece una fruta rara.
Me inclino y huelo. El perfume es dulzón y enervante. Se me
mete en la sangre, me recorre el cuerpo y me estalla en el
cerebro. Inmóvil, ella sigue ofreciéndomela. Me inclino una
vez más y lamo hasta donde me alcanza la lengua, que es
hasta muy adentro. El efecto de la droga se profundiza. Pero
entonces, de pronto, da un paso atrás y, como una bailarina,
a la vez gira y salta por encima de la durmiente. En un ins-
tante, antes de que yo pueda reaccionar, desaparece en la flo-
resta. Esta vez es en serio. Ha querido exasperarme y lo con-
siguió. Ahora huye para exasperarme más todavía.

Corro tras ella, con las sienes latiéndome como un tambor de
guerra. La floresta se adensa. No la veo, pero con el olfato sigo
el hilo de su aroma, que flota en el aire quieto. No tardaré en
alcanzarla. Tal vez desgarré el rosado de sus pezones con mis
dientes. Ella lo sabe y lo desea, para eso huye, para enfurecer-

me. Ahí está, finalmente, en un claro del bosque, y ya no corre.
Abraza el tronco de un fresno como si estuviera atada, inmo-
vilizada, pronta para el castigo. Me arrodillo a sus espaldas, la
abro y huelo ahora el otro perfume secreto, no menos dulzón
pero picante, mucho más penetrante. Me paro e incómodo,
doblando las rodillas, emboco el garrote en el pequeño ojal. Me
abrazo también al tronco del fresno, y con la fuerza del abrazo
y el empujón de mi pelvis la aplasto contra la ruda caricia de la
corteza, y penetro en ella. Vil belleza de la desproporción y la
proeza. Pero no hay tal proeza, su cuerpo se dilata hasta lo
imposible para recibirme. Clavo y desclavo como quien apuña-
la al más odioso de sus enemigos. Froto su cuerpo, tenso y
vibrante como vara de mimbre, contra la pared dura y rugosa
del fresno, pero en sus labios sólo hay suspiros de delicia. Se
estremece y se abandona. Insemino su surco estéril. Entonces
abre mucho los ojos, como si sintiera a mis demonios correte-
ando en sus entrañas. Me arranco de su cuerpo y me dejo caer
al piso, fulminado. La mancha blanca sigue manando. Cayendo
hacia el sueño la veo empaparse las manos en el chorro y untar-
se el cuerpo con movimientos rápidos, de animal nervioso.

Eso es recordar. Revivir. Cuando ya no se puede vivir,
recordar es un consuelo. Aunque por momentos sencilla-
mente duela.

Recuerdo, pues. Aprendí a recordar. Antes no recordaba.
Ahora cada día es un tapiz repleto de detalles, que recuerdo
meticulosamente. Un tapiz sobre otro. Capas y capas y capas
de detalles. Y todos los recuerdo. Y esas capas y capas super-
puestas me han enseñado algo que no conocía, es decir: algo
que tampoco conocía, algo terrorífico, lo más terrorífico que
conozco: el Tiempo. Aun en este galpón enorme, especie de
hangar, en esta jaula, donde todo se repite como una rutina
en la que sólo varían ínfimos detalles —hoy mi carcelero se

rasca la nariz, ayer se rascaba los tobillos—, precisamente porque recuerdo todo, porque los recuerdos duermen en mí, enroscados, esperando su momento, he aprendido a percibir el deslizarse, lento y amenazador, de la enorme serpiente gris del Tiempo, que con su lentitud me hipnotiza, y drena, y sorbe gota a gota la fuerza de mi cuerpo. Lo terrible del mundo al que he venido a dar —no sé cómo— es la amenaza insidiosa e incesante del Tiempo. En la espesura no había memoria ni había Tiempo.

Un día, a la hora en que el sol mortecino se deja ver a través de los vidrios del techo, vino a verme una hembra de homúnculo. Se paró ahí, a un par de metros de los barrotes, a mirarme. Viste como si afuera no hiciera frío pero estuviera bastante fresco. Hasta el rincón más lejano y oscuro, donde acostumbro instalarme, llegaron sus olores. Olía a perfumes apestosos, pero también olía a hembra. Me paré y me acerqué. Vi cómo su mirada quedaba fijada en mi garrote. Apuesto a que nunca viste nada parecido —hubiera querido poder decirle. Pero a mis labios no afloró más que mi ronroneo habitual. No, nunca había visto nada igual, y no podía sacarle los ojos de encima.

Me adelanté más e hice asomar el portento por entre las rejas. Invitándola a tomar contacto. No es tan grande como hermoso ¿verdad? —ronroneé. Entonces ella me miró a los ojos. Ronroneás como un gatito —dijo y me sonrió como se le sonríe a un gatito. Mirándome a los ojos: No sos peligroso ¿verdad? Por toda respuesta descapoté el garrote. Abrió grandes los ojos como ante la revelación de un Misterio. Se pasó por los labios la punta de la lengua. Querés mimos —dijo con la voz más grave, como estrangulada por las ganas de tomar contacto, pero sin animarse a hacerlo. Cerró los ojos. Las narinas se le dilataban. Mi olor la invadía. Dios que-

rido... —balbuceó al sentir los pulmones llenos de mí—. Voy a desmayarme. Trastabilleó al dar un paso atrás. La puta madre que lo parió, voy a desmayarme —dijo. Le tendí una mano por entre los barrotes. La sorpresa cruzó por su rostro al comprender que yo entendía todo lo que decía. Pero no tomó la mano que le ofrecía. Volvió a mirar el garrote, descapotado y tenso. Se decidió.

Se volvió hacia donde estaban la cámara y el micrófono y dijo: Voy a entrar. Le respondió una voz que no conozco, mesurada y terminante, viniendo de ninguna parte, como si el aire hablara: No es lo acordado, señora. Ella entonces volvió a mirarme, largamente, como si estuviera tomando una decisión. Después se alejó y salió por la puertita remota. Quedé clavado ahí, corporizando su fantasma, como si fuera un holograma. Había estado bueno. Alguien nuevo. Hembra. Deseosa. Deseante. Para el prisionero cualquier novedad es un mundo. Y volvería. Seguro que volvería. No habría fuerza en el mundo capaz de impedirle entrar en mi jaula.

La puerta de la jaula da a otra jaula, más pequeña. O sea que para entrar a mi jaula se necesita alguien que abra y cierre la puerta de la jaula chica, y que se quede afuera. El que entra trae la llave de la puerta de la jaula grande. Las llaves de ambas jaulas cuelgan de sendos ganchos en la pared, fuera de mi alcance. La razón de ser de esta jaula chica es, obviamente, que al abrir y cerrar la puerta que libera yo no esté cerca. Si al entrar alguien a mi jaula yo no estuviera durmiendo y de alguna manera me apoderara de la llave de la jaula grande, igual no podría liberarme, y el que quedó fuera de la jaula chica estaría en situación de proceder con lo previsto para semejante circunstancia —utilizando los instrumentos que fuera del caso utilizar y que hasta ahora han tenido la delicadeza de mantener fuera de mi vista.

La hembra de homúnculo me impresionó vivamente. No se compara con las nínfulas, pero deseé igualmente hurgar con mi cuerno en sus entrañas. Es grande, y pletórica en las caderas y en las tetas. Es blanda, no puede correr, se entregará a mi avidez sin dar pelea. No me dará fuerzas sino que sorberá de las mías. El oso en libertad traga peces vivos, en cautiverio traga carroña. Esperé durante todo el día que la hembra volviera pero no lo hizo. Ella quiere entrar a mi jaula pero no se lo permiten. Estará buscando la manera de lograrlo. Ignoraba por entonces que en el mundo de los homúnculos hay una llave mágica para conseguir cualquier cosa que se quiera. Cuando me trajeron el alimento nocturno de pronto comprendí, no sé cómo, se me ocurrió de golpe, seguramente gracias a alguna función del chip que todavía no domino: inyectan en mi última pitanza del día algo que me hace dormir desprevenido y sin sueños. De esa manera es que entran en la jaula sin que los oiga y despierte. Decidí, pues, fingir que comía y, luego, que dormía.

En medio de la noche aparecieron los homúnculos, con linternas. Pese a que me deslumbraban sus haces de luz vi que detrás de ellos venía la hembra. Caminaban sin pasos, como descalzos. Estuvieron iluminándome la cara, para asegurarse de que dormía. Después abrieron la puerta de la jaula chica. Ingresaron la hembra y uno de ellos. El otro quedó afuera y cerró la puerta. Dientes de oro, porque él era el que entró, abrió entonces la puerta de mi jaula. La hembra sola entró en mi espacio.

En mi espacio, la hembra está sola conmigo. Se acerca al camastro en el que finjo que duermo. En la oscuridad se inclina cerca de mi cara. Me está oliendo. Respira honda y silenciosamente. Huele mi pecho y luego mi vientre. Huele el garrote y suelta una exclamación casi muda de encantamiento y sorpresa. Vuelve a mi rostro y musita sobre mis labios:

¿De dónde viniste, criatura maravillosa? Son las primeras palabras amables que he oído desde que estoy aquí. Le muestro apenas los dientes, sin abrir los ojos. Estás despierto —dice, con apenas un suspiro. Entonces abro los ojos y me encuentro con los suyos. Queda inmóvil, como congelada. Ha sentido el miedo que le contagiaron los otros. Cobardes. No me conocen y me temen.

De pronto Dientes de oro lanza su haz de luz hacia nosotros. Cierro los ojos. Ella comprende que finjo dormir y comprende que no voy a hacerle daño. Saque la luz —susurra hacia el homúnculo. Se hace cómplice en mi fingimiento. La luz desaparece. Vuelvo a mirarla. Inmóvil, su rostro muy cerca del mío. Viste ahora una túnica blanca, como mis guardianes, pero el olor de su piel me llega tan fuerte que me es claro que debajo de la túnica está desnuda. ¿Puedo? —pregunta muy quedito. No entiendo. Si puede ¿qué? No digo nada. Como el que calla acepta pone su mano ligera y temblorosa como una mariposa sobre el garrote. Apenas puede rodearlo con los dedos. Dios bendito, qué hijo de puta —dice quedito. Ágil y suave como una pantera monta sobre mi vientre. El roce de la punta en su entrepierna me confirma que está desnuda. El homúnculo más cercano vuelve a encender su linterna y nos ilumina. Apague eso, idiota —exige ella cuidándose poco de mantener la voz baja. Me pregunto cuál es la transa. ¿Ellos están allí para cuidarla pero no para ver lo que hace? Ella toma la punta y la coloca en el lugar adecuado. Se le apoya encima y empuja hasta que se vulnera.

Su cuerpo es grande, pero no es profundo. Sólo consigue encajar un tramo pequeño. Para mí, después de tantos días sin cuerpo, es una delicia. Pero para ella no es suficiente. Desconsiderada para consigo misma sigue empujando. Es como un ladrón que para robar una montaña de dinero sólo

ha traído consigo un monedero. Terminará por causarse dolor. Mi reacción espontánea es impedirselo. Mis manos vuelan hacia su cintura para detenerla. Pero el movimiento, aún en la penumbra, alcanza a verlo mi carcelero y lanza una vez más la luz sobre nosotros. Está despierto —dice. La luz de la linterna del otro se suma. Ella, tan encajada como ha podido, no está ya para discusiones. Entramos a sacarla —grita uno de los dos, con tal entonación que no se sabe si ha dado una orden o formulado una pregunta, y en este caso si se la ha formulado a la hembra o a su compañero. No —grita ella desde su sopor.

Toda la cosa me parece entre cómica y ridícula, y me decido a aportar mi creatividad. Me paro con la hembra colgada de mi cuello y con las piernas abrazándome la cintura. No la sostengo más que con un brazo alrededor de su cintura, y con el cuerno que tiene clavado. Dame la pistola, la va a matar —oigo que uno le dice al otro. No, no, váyanse —pide ella, cuyo cuerpo se empapa de sudor frío y se clava un poco más el garrote con cada paso que doy. Seguido por los reflectores camino por la jaula como si fuera el fortachón de un circo obscuro haciendo mi numerito y exigiendo el aplauso del público. Dame la pistola, te digo —es el de la segunda puerta el que exige. Pero el de la primera puerta ni responde, mirando el espectáculo con la boca abierta. La hembra entra en convulsiones, como si tuviera un ataque de epilepsia, hasta que de pronto su cuerpo ya no se sostiene sino que tan solo cuelga, empapado y helado, laxos sus miembros, incapaces ya de ceñirse a mi figura.

La desclavo y llevándola en brazos la tiendo sobre mi camastro. Le cierro la túnica. Como una agonizante, me toma de las muñecas para que no me aleje. Apenas tiene voz para hablar. Pagué para venir esta noche —me dice con un soplo de voz. Voy a pagar para sacarte de aquí —dice con otro suspiro. Señora ¿está bien? Tiene que salir —dice Dientes de oro. Me

pongo de pie para alejarme. Al pararme el garrote le queda a ella tan a mano que no puede evitar semiincorporarse y besarlo. Besarle con unción, como besaría el borde de la túnica del Cristo o la frente de su dulce hijito la primera vez que se va de campamento. Me alejo lo más posible para que el homúnculo entre a sacarla. Pero no lo hace. Cobarde. Abre la puerta, pero no entra. La exhibición que ha presenciado no le ha permitido comprender que soy inofensivo. Finalmente ella se pone de pie. La flojera del cuerpo y el escozor en la entrepierna le impiden presentar la figura airoso que hubiera querido para una salida triunfal. Cuando los tres se han alejado hasta perderse en la penumbra monto sobre el retrete y sin mucho esfuerzo expulso la mancha blanca. No satisfecho pero sí aliviado dejo que el sueño venga y se haga cargo de mis desconciertos.

Pasaron los días sin que la hembra de homúnculo cumpliera su promesa. En mi mente, poco a poco, como se van viendo las cosas al levantarse la niebla, empezó a tejerse una gran pelota de preguntas que se anudaban y repelían continuamente como si mi mente se hubiera convertido en un nido de víboras. ¿Dónde estoy en definitiva? ¿Por qué me tienen encerrado? ¿Alquilan mi cuerpo? ¿Es esto un burdel? ¿Qué soy yo? ¿Vengo de la espesura o ese es sólo un delirio? ¿Soy uno de ellos, un homúnculo, sólo que monstruoso? ¿Es esto una clínica demoníaca en la que experimentan con implantes de chips que permiten el desarrollo de insólitas capacidades? ¿Cómo voy a hacer para regresar a la espesura? ¿Debo intentar huir o debo esperar a que se harten de mí y me liberen? Empiezo a sentir lo que nunca sentí, que mis músculos cuelgan de mis huesos, que cada día peso más sin haber engordado. He pasado horas buscando entre mi pelo el lugar en que puedan haberme abierto una ventanilla en el cráneo para implantarme en el cerebro este chip, este fantasma que habla sin voz, que continuamente tiene necesidad de decir, y de

recordar, y de estar consciente del transcurrir de esta cosa que él mismo ha segregado, esta cosa viscosa y ponzoñosa, amenazadora, insidiosa, que se llama Tiempo.

Recuerdo no saber recordar. Recuerdo vivir sin ayer y sin mañana. Revivir ese vivir alivia mi angustia. Pero me doy cuenta de que cada vez que recuerdo la vivencia es menos densa, menos intensa, más como una estampita que va perdiendo los colores y de la que cada vez más voy quedando fuera. Puesto que no soy un prisionero cumpliendo una condena no me desespera la cuenta de los días que tendré que vivir en esta jaula hasta recuperar la libertad. Aún no sé vivir en el futuro. Eso me queda de consuelo. Lo que me desespera es esta acumulación de días casi idénticos, mínimamente diferentes sólo en detalles, que la memoria, burócrata intransigente, colecta con prolijidad y me devuelve al azar de sus caprichos. ¿Memoria burócrata? Si la memoria funciona como una burocracia debe de haber alguna manera de corromperla. Pero lo que quiero no es que funcione según mis caprichos en vez de funcionar según los suyos, lo que quiero es que desaparezca. Quiero vivir como antes. Quienquiera que sea que me trajo aquí debe devolverme a la espesura.

Los homúnculos se comportaron conmigo como si aquella noche nada hubiera sucedido. Hubo una ocasión en la que Dientes de oro se acercó a la jaula. Entre dientes siseó: Sos mudo pero no sos bobo ¿eh? Me acerqué a la reja, dejé que el garrote asomara. Se alejó de inmediato. Preguntas, preguntas, como víboras enroscándose en víboras. ¿Qué esperan que sea de mí en este encierro? ¿Que me muera de aburrimiento? ¿Que me debilite más y más hasta que quede como un trapo tirado en el suelo? No volvieron a entrar en la jaula por la noche. Ni volvieron a emponzoñarme la comida. Lo sé porque han regresado los sueños. Para mi desgracia.

Anoche soñé que era un gran pájaro y volaba muy alto, por encima de las nubes, tan alto como no creo que vuele pájaro alguno. Con las alas abiertas dejaba que el viento me llevara para un lado y para el otro. Y sin embargo, en mi espléndida soledad, en la más inaccesible de las alturas, sentía miedo. Bajaba la cabeza y miraba hacia atrás por debajo de mis alas. Anteanoche soñé con nínfulas, un enjambre de ellas. Como abejas venían a libar de la boquita del garrote. Una por una apoyaban los labios, sorbían y se iban, con el buche lleno. Con cada libación una oleada de placer se fugaba de mi cuerpo. Hasta que una de ellas, con una piedra afilada talaba mi arborescencia. Practicaba una incisión profunda todo alrededor de la base y luego forzaba hacia abajo la punta hasta que el tallo se quebraba. Entonces le mostraba orgullosa a las demás el garrote cercenado, que ni sangraba ni perdía rigidez. Pero de él manaban borbotones de mancha blanca que terminaban por formar un arroyuelo.

¿Cómo salir de aquí? Mi visitante nocturna dijo que me compraría. Pero no regresó. ¿Será que me venden muy caro y está buscando el dinero? Imagino que me saca de aquí y me lleva a su casa, que tiene un jardín enorme, acres y acres de jardín salvaje, con un gran estanque y con un corazón de maleza impenetrable en la que pueda perderme. Y nínfulas. Dos. Es mi cantidad preferida de nínfulas. Para mantenerme en forma correteándolas. Yo sería muy generoso con mi dueña. Todos seríamos felices. El Tiempo desaparecería. Todo volvería a ser eterno.

Tuve otra visita. Una hembra vieja. Delgada. Frágilísima. A punto de romperse a cada paso. ¿Se vuelven viejos los homúnculos? ¿Para qué? ¿O es que envejecer no tiene finalidad alguna pero no pueden evitarlo? Cargada de adornos: collar, broche, pulseras. Y carga con un abrigo de piel.

Bellísima piel. Reflejando en tornasol la luz de mi triste sol de vidrio. Sin tocarla podía sentir su suavidad. Piel de un animal que nunca vi, pero al que quisiera poder ver algún día. Lástima que olera a rayos: a encierro y a químicos. Tan frágil la vieja hembra que sorprendía que pudiera cargar con el vestuario y los adornos. Camina con cuidado, como si estuviera a punto de desarmarse, o como si todos los huesitos pudieran quebrarse en cualquier momento. La ayuda en su vacilante desplazarse un homúnculo joven y alto. Flaco como ella y blanco como la harina. Habla con una vocesita melodiosa y mira con desprecio, como si nada valiera demasiado la pena.

Se detuvieron a un par de brazos de distancia de la reja, mirándome atentamente, como quien ha ido a ver una bestia rara, pero considerando la posibilidad de pagar por ella y llevársela para casa. Debo decir aquí que cuando se acercaban noté que una lucecita roja que hay en la cámara se apagó. Deduje —porque a deducir también estoy aprendiendo— que han apagado el aparato de registro, o de vigilancia, o de observación, lo que sea, y que por consiguiente, esta visita es clandestina. Como seguramente también lo fue la otra, la nocturna. Mis carceleros tienen montado un pequeño quiosco circense. Y yo soy la única atracción. Una pequeña fuente de ingresos extra-presupuestal. ¿Se atreverían a venderme? Porque una cosa es cobrar entrada por mostrarme, y otra cosa es venderme. Tendría que haber de por medio una cantidad de dinero suficiente como para enfrentar las consecuencias.

La vieja ha abierto la carterita que cuelga de su antebrazo y ha sacado de ella unos espejuelos. Los abre y se los monta sobre la nariz con manos temblorosas. Vuelve a mirarme. En sus labios resecos hay un rictus severo, probablemente cruel. Sí, ha sido una mujer cruel, y sigue siéndolo. Me acerco a la reja para que me vea mejor. Me acerco tranquilamente, displi-

cente, como quien se pasea por la sala de un casino. No retroceden. No me temen. Los protege el dinero. O ni se les ocurre que pueda ser peligroso. Soy algo por cuyo espectáculo han pagado. La mirada de la vieja escruta mi rostro. Frunce la nariz y los labios. No le ha gustado mi aspecto. Entonces su mirada desciende a lo largo de mi cuerpo hasta el garrote. Y ahí echa el ancla. Qué portento —dice, como si estuviera mirando una pulsera de diamantes en una joyería. Pero esto no es para mí, más bien es como para ti —asegura, juiciosa. Ni para mí, tía —responde el larguirucho homúnculo, aunque se le escapa de los labios una sonrisa viciosa. Parece manso —dice ella. Yo no me confiaría —responde el otro. ¿Se podrá tocar? —pregunta la anciana. Supongo que sí, al menos no nos dijeron que no se pudiera —respondió el sobrino.

Y tendió hacia el garrote una mano flaca y de dedos largos. Justo antes de tocarme se detiene. Me mira a los ojos. Yo le devuelvo la mirada, con cara de nada. Entonces, sin dejar de vigilar mi mirada, me toca con las cinco puntas de los dedos, que siento heladas. Me pregunto si soltarle una mancha blanca. O si tenerle paciencia. Quizá me compren, quizá me saquen de aquí. Lo dejo hacer. Impresionante —dice tanteando la rigidez, con la boca visiblemente hecha agua, o sea: babeándose. ¿Estará así todo el día? —pregunta la vieja, como dudando de la calidad de la mercadería. Eso dijeron —dice el sobrino, que traga y traga saliva. ¿Te animás a probarlo? —pregunta la vieja. Aunque lo dijo como si estuvieran dudando entre uno y otro fiambre —o quizá precisamente por eso— una puntita de exasperación lujuriosa se me hizo evidente en su voz. Me da cosa —dice el sobrino, haciendo un puchero. Tengo la pistola en la cartera —dice la anciana para tranquilizarlo y animarlo a probarme. ¿Qué pistolita podía llevar en esa carterita? Sus balitas me rebotarían seguramente. El sobrino se anima.

Se arrodilla. Ahora tengo sus diez dedos helados sobre mi portento. Su boca se mueve descontrolada, como si ya estuviera degustándome. Con o sin pistolita el sobrino igualmente pensaba correr el riesgo. Por las dudas no deja cada tanto de mirarme a los ojos. Como si en ellos pudiera prever una reacción violenta de mi parte. Descapota el portento y acerca la boca. Olisquea antes, y le gusta el olor, porque abriendo la boca aloja dentro la bellota. Respira por la nariz, parsimoniosamente. Es, claro está, un experto catador de este tipo de manjares. El perfume que usa es tan picante que estoy a punto de estornudar. La anciana ve a su sobrino tan entregado a su pasión, y tan a mano para que yo lo desarme de un manotazo, que saca de la carterita la mentada pistolita. Tan pequeña que se acomoda fácilmente en la mano de la anciana. Pero no me apunta.

El sobrino, confiado y decidido, comienza a ingurgitar el tronco. Con técnica impecable y sin apuro. Si serás puto —lo reconviene la anciana inclinándose un poco hacia delante para mejor ver la cópula. Pronto el felador no puede incorporar más. Retrocede entonces su cabeza dejando el tronco empapado. Ay, qué horrible —dice, como si lo hubieran estado obligando. Entonces, de pronto, se oye la voz sin cuerpo, la voz del aire: Tiempo cumplido —dice. Pago un extra —grazna la vieja, acostumbrada a solventar derechos con dineros. Imposible, señora, deben desalojar de inmediato —dice la voz del aire. No hay derecho —grazna la anciana. Señora, hemos tenido con ustedes todo tipo de contemplaciones, ahora deben desalojar las instalaciones —dice la voz del aire con un tonillo de impaciencia. El sobrino se para. Se seca los labios con el pañuelo. Le da un último apretón al portento y le dice, entre dientes: Divino, ya vamos a volver a vernos. La vieja vuelve a apoyarse en su brazo y se alejan lentamente. Vale la pena —oigo que dice el sobrino. Si querés compralo —dice la anciana, bondadosa—, será sólo para vos,

porque lo que es a mí ni para chuparlo me serviría, me rompería las mandíbulas. Si serás coqueta —la reconviene el sobrino. Los miro alejarse con la ilusión de haberles dejado una impresión suficientemente buena como para saquen ya mismo la chequera y adquieran las llaves de mi celda.

Mientras dormía millones de hormigas han conseguido levantar mi cuerpo y se lo han llevado a su hormiguero. Pero no pueden introducirlo. Por más que le dan vueltas y vueltas a la cuestión no encuentran la manera de introducir mi cuerpo en el hormiguero. Al abrir los ojos vi enormes nubes negras cruzando lentamente mi cielo de vidrio. Ahora las nubes pasando me recuerdan el horroroso e ineluctable transcurrir del Tiempo. Nunca fue así. Antes no era así. Antes el paso de las nubes era una invitación al ensueño. Me doy vuelta en el camastro hacia la pared y trato de seguir durmiendo. Entonces encuentro la solución final a mi problema. Mi rigidez perpetua es la razón por la que estoy en este encierro. Muerto el perro se acabó la rabia. No sé cómo perder la rigidez, pero sé cómo perder el miembro. Arrancándolo. Separándolo del vientre. No es tan difícil. Son sólo unos centímetros de cartílago y músculo. Quizá sea tan fácil como lo fue en el sueño de las nínfulas.

Definitivamente no hay en todo mi cuero cabelludo cicatriz alguna que marque el lugar por el que puedan haber introducido algo en mi cráneo. Pero entonces ¿qué es esta voz que habla en mi nombre? Recuerdo haber dado la vuelta al mundo. Estaba bañándome en el río cuando vi acercarse un gran camalote. Trepé a él y era como una isla flotante. Me dejé llevar río abajo. Pasé la tarde entera viendo deslizarse a un lado y a otro las orillas de la floresta. Por momentos vi, como sombras fantasmales, a las nínfulas corriendo entre los árboles, acompañándome en mi aventura. Después llegó la

noche con su manto de estrellas y de sueño. Amanecí ansioso, con hambre y cansado ya del viaje. Estaba por lanzarme al río para ganar la orilla cuando me di cuenta de que en realidad estaba llegando ya al punto del que había partido. Era un río circular. Habíamos dado la vuelta al mundo. Me zambullí y me abrí paso en el agua hasta mi casa, el juncal de junto al río. Levanté la mano para saludar a mi compañero de viaje, el camalote. A menos que se afincara en algún recodo seguramente mañana volveríamos a vernos.

Me despertó el susurro de una respiración, un soplo, un aliento. Abrí los ojos, pero no había nadie. El aire había soplado entre las cañas al cambiar de dirección su capricho. Es porque existe el Tiempo que existe la muerte. Si el Tiempo no existiera no existiría la muerte. Todo tengo que aprenderlo desde cero, como si fuera un niño. Pero aprendo rápido. Las posibilidades del chip se abren en un abanico aparentemente infinito. ¿Hay alguna manera de salirse del Tiempo? Quiero decir: aparte de morir. ¿O es que al morir no se sale de los dominios del Tiempo? ¿Hay alguna manera o el Tiempo es como una de esas enfermedades que una vez contraídas no te sueltan hasta darte a la muerte? Como un río cuyo continuo transcurrir todo lo desgasta, así el Tiempo me está royendo la energía, la fuerza y la vida. Que regrese ya la luz enneguecedora que me trajo y que me lleve de vuelta al país sin muerte.

¿Qué pudo haber sido esa luz? A Pablo lo ennegueció una luz en el camino de Damasco, y cayó de su caballo. Cuando consiguió ponerse de pie no veía nada. Pero esa luz hizo de él otro. A mí la luz me ennegueció cuando dormitaba en mi juncal, bajo el techito de hojas de palmera. La languidez, el calor, el zumbido de un abejorro son las cosas últimas que recuerdo. Fue el abejorro el que apoyó sus seis patitas sobre la punta de mi leño, atraído por los néctares con que las nín-

fulas habían bañado mis rigideces. Mirando al abejorro atareado en chupetearme, los ojos se me fueron poniendo bizcos y terminé por deslizarme por la pendiente del sueño. Entonces fue que llegó la luz, y fue creciendo hasta que no vi nada más que luz, y en ese momento oí cómo se rasgaba el cielo y me encontré aquí, del otro lado, convertido cada día un poco más en este miserable otro.

Un homúnculo petiso y rechoncho, taconeando, muy compadrito, viene hacia la jaula. Se ve que es jefe. Un par de pasos atrás lo sigue Dientes de Oro, y más atrás, sin apuro, una hembra de homúnculo. Por un momento pensé que sería la promitente compradora. Pero no. El jefe se detiene frente a la jaula. La hembra llega a su lado sin apuro. Se la ve retranquila. Me mira con los ojos bien abiertos, y con una puntita de sorpresa y maravilla en la mirada. Viste un tapado de paño oscuro. Tiene esa edad que al hablar de hembras se acostumbra llamar indefinible. No lleva maquillaje. Toda ella exhala una sensualidad, una pachorra que conozco bien y que me pone a galopar la sangre. Señor mío... —clama el jefe con una vocecita forzada a hacer de vozarrón con pésimos resultados. Señor mío... —repite y se mete los labios dentro de la boca, como si de pronto se prometiera no decir una palabra más. Me doy cuenta de que ese señor suyo por el que clama, en realidad vengo siendo yo.

A pesar de la dificultad para comunicarnos con usted... —arranca, olvidando su promesa de silencio— ...hemos llegado a la conclusión de que usted no es un ser violento... ni dañino... ni... ni nada. Mete otra vez los labios. Es como si cada tanto sus labios se negaran a seguir modulando palabras y él tuviera que obligarlos. Yo, que en realidad tengo la mirada colgada de la mirada de la hembra, y que comprendo que ella sabe quién soy, más que cualquier otra persona que se

haya parado delante de estos barrotes, me pregunto si la proclamación solemne de las tales conclusiones implicará que me saquen de la jaula y me dejen en paz. Ni violento, ni dañino —asegura el jefe, muy convencido, como descartando cualquier duda. La hembra, comprendo, no me mira como a alguien raro, sino como a alguien como ella. Un semblante y un frère. Me dice con la mirada y con la sonrisa tímida que sabe todo de mí, que no estoy solo. ¿Será una nínfula ya crecida? ¿Será que a las nínfulas por alguna razón las envían a envejecer a los dominios del Tiempo? ¿O la luz también a ella la arrebató y la trajo a este valle de lágrimas?

Asimismo creemos... —sigue el jefe con su perorata— ...creemos haber llegado a comprender que, pese a estar usted... encerrado en sí mismo... sí, digámoslo así: encerrado en sí mismo... es usted un ser... ¡plenamente racional! Sí, plenamente racional —repitió, pero ya con un tono como dubitativo, y de inmediato metió otra vez los labios, como si se arrepintiera de lo todo dicho y se propusiera definitivamente callarse la boca. Miro a Dientes de Oro. Él mira a la hembra y se pasa la lengua por los dientes finitos y rescos. Se ve que le tiene ganas. Ella da un paso más hacia la reja. Huele a naftalina, pero también a eso que el animal que soy desea más que nada en el mundo. Ya no busca mis ojos. Mira mi vientre, mira el portento.

El jefe se aclara la garganta, como para destrancar la voz. Como en todo ser racional, reconocemos en usted derechos —afirma, tajante. Por ejemplo el derecho a... a... la compañía. Y no cualquier compañía, por supuesto —agrega poniendo la voz que seguramente ponen los homúnculos cuando intercambian sobreentendidos picantes. Por eso —concluye, pisando firme en la eficiencia— hemos puesto en la prensa un llamado a voluntarios... o más bien a voluntarias. Pásame el recorte —ordena volviéndose hacia Dientes de Oro. Busca en los bolsillos de su túnica mi carcelero y saca un piolín muy

enredado, un alfajor sin abrir y, finalmente, un recorte de diario, que le pasa a su jefe. Lee: ¿Quiere tener usted una experiencia erótica extraordinaria? Sólo para damas. Y damos un número de teléfono. Una convocatoria muy correcta y discreta, pero a la vez muy clara, como ve —dice, satisfecho con lo hecho. Bien —dice, dispuesto a ir al grano, pero mete los labios como si de pronto comprendiera que había un error en todo aquello. Y luego saca los labios mucho, y muy juntos, como si fuera a dar un beso infantil y sonoro, aunque sin duda lo que quiere significar con este gesto es que está totalmente dispuesto a asumir sus errores. Me vuelvo hacia ella y encuentro otra vez su mirada. Se le han puesto coloradas las mejillas. ¡Ay! Yo no necesito más perorata, no necesito que de ella me digan más nada. Ese rubor en las mejillas no es de pudor sino de ganas.

Se abre el tapado. Debajo lleva una falda azul y una blusa marfil. Con una mano, lentamente se sube la falda. No lleva ropa interior. Me muestra el vellón. Se acabaron los discursos, ella ha tomado el control y el jefe la mira hacer, calla y asiente suavemente con la cabeza, finalmente afirmado en su convicción de estar haciendo lo correcto. Ella me toma de una mano. Dulcemente hace que me suelte del barrote. Coloca mi mano de modo que pueda palpar su entrepierna. Es carnosa y es jugosa. Su mirada se ha anclado sobre mis labios. Su boca se entreabre. Quiere besos. Los labios de su boca vertical se abren también apenas pide permiso la piel más sensible de mis dedos. Mmm... quedan hechas las presentaciones —suelta el jefe con involuntario humor, y sale a escape, taconeando a todo vapor en dirección a la salida. Ella adelanta la cara hasta que respira sobre mis labios. Allá abajo le palpo el interior con dos dedos. No es estrecha. Con la punta de la lengua le lamo los labios. Empuña entonces mi emblema, lo recorre y al final se prende de los depósitos. De ahí es que me gusta que me agarren.

Señora, aquí tiene la llave —dice el corrupto acercándose y ofreciéndole una llave. Pero es muy difícil aflojar la triple toma. Hay una erótica del enjaulamiento y hemos dado con ella. Con una mano empuja a la mía para que mis dedos la penetren más hondo. Su lengua lame la punta de mi lengua. Con los dedos de la otra mano reparte apretoncitos a lo largo del portento. De pronto se estremece y suelta un suspiro muy suave, apenas un aperitivo, sólo para mis oídos. Entonces sí, suelta amarras y se separa del muelle. Como zombie toma la llave que Dientes de Oro le sigue ofreciendo y va hacia la puerta de la jaula chica. Me recuerda a alguien que en medio de la noche sale de su cama y hace lo que tenga que hacer tratando de no despertarse completamente.

Hecha su parte —abrir y cerrar la puerta de la jaula chica— Dientes de Oro se ha sentado en su silla a vigilarnos. Ella, sin vacilar, ha introducido la llave en la cerradura de la jaula grande y entra. La miro hacer, embriagado por el olor que me ha dejado en los dedos. Se desnuda sin apuro y sin coquetería, como la hembra casada junto al lecho conyugal. Su cuerpo, por cierto, no ofrece las sinuosidades que ofrecía el de mi primera visitante. Su cuerpo es triste, me oigo pensar. ¿Triste por qué? Si fue capaz de responder a semejante aviso de prensa seguramente que su cuerpo es, más bien, curioso y ávido. Va saliendo de entre sus ropas hasta que queda totalmente expuesta a mi mirada. Esta soy. Este es mi cuerpo. Expuesta también a la mirada del carcelero, pienso, y en ese mismo momento ella gira la cabeza y le dice: Puede retirarse. Tengo órdenes, señora, es por su seguridad —responde Dientes de Oro. No es necesario que esté aquí —dice ella serena y paciente. No corro peligro y además está la cámara de vigilancia. Antes de que él respondiera habló la voz del aire: Autorización para retirarse. Con lo que en pocos segundos estuvimos solos. Espiados pero solos.

Se acercó y buscó mis ojos. Los encontró. Abrochamos nuestras miradas. Nos oímos respirar, nos acariciamos con el aliento. Oigo tus pensamientos, y puedo hablarte sin voz y sin mover los labios —dijo entonces, loud and clear, pero sin voz y sin mover los labios. Fue un shock. De pronto no estaba más encerrado en mí. De pronto podía comunicarme con ella. ¿Cómo es eso? —pregunté desde el chip. No lo sé, apenas te vi supe que podía hacerlo, nunca me había pasado —dijo, y de pronto lágrimas le bajaron por las mejillas. No es justo que te tengan aquí encerrado. ¿Qué es justo? —pregunté. Era raro, pero el chip no reconocía esa palabra. No me respondió. Mi nombre es Renée. ¿Cómo te llamas? No tengo un nombre. ¿De dónde sos? No entiendo. ¿De dónde venís? De la espesura. ¿De la selva? ¿te trajeron de la selva? La selva, la espesura, otro mundo, el mío. Voy a sacarte de aquí, voy a denunciarlos por secuestro. ¿Ahora? Se sonríe, creo que por primera vez. Ahora no, ahora voy a cogerte. Así es que me gusta que me hablen.

Apoya las manos sobre la cabecera del camastro y se inclina un poco hacia delante ofreciéndome la grupa. Por encima del hombro me mira acercarme. Escupo en la palma de mi mano y unto la escupida en la punta del leño. No hace falta —dice sin voz y sin mover los labios. Le separo las ancas y emboco. Me deslizo en su cuerpo majestuosamente, como se desliza uno cuando ha encontrado el centro del río, donde reina la corriente. Sólo que su cuerpo no es profundo como un río sino como los abismos del océano. Me traga lo profundo de su mar sin orillas. Nunca... nunca... así —balbucea, vuelta de trapo la lengua de su mente. Me voy —suspira sin palabras. No te vayas —pido asustado. Me voy —anuncia una vez más. Y se va, empuja la grupa contra mi vientre y se va, pero a donde va no hace falta correr para alcanzarla. Se derrumba suavemente si no paso mi antebrazo por debajo de

su cintura. Queda colgada de mí, vibrando como un pez recién sacado del agua.

Nos tiendo sobre el camastro. Sin voz y sin mover los labios igual acerco mi boca a su oído para hablarle. Si no podés sacarme de aquí por lo menos vení a vivir conmigo —le digo. Su mano descansa sobre mis rigideces. Perdí la conciencia, caí, me atrapaste al vuelo. No sabía lo que es sentirse llena. De repente desapareció todo lo que me sostenía y creí flotar, pero caía y caía, y me atrapaste antes de que llegara al suelo. Todavía siento el vértigo de la caída. Lenta y lánguidamente, como ondula un alga en la corriente, se incorpora, se arrodilla entre mis piernas, endereza el portento y se empala por la boca. O bien mi miembro es capaz de contraerse para permitirle su capricho, o bien su boca y su garganta son capaces de dilatarse como se dilatan sus fauces cuando la pitón ingurgita su presa.

Puesto que mi rigidez se curva hacia mi vientre, pronto, en el esfuerzo de incorporación, está mostrándome su nuca. También por la boca, para mi completo placer, es insondablemente profunda. No sé dónde coloca lo que incorpora. La oigo respirar por la nariz un tanto trabajosamente. Con la punta del carajo golpea contra el fondo de algo allá en lo profundo de su cuerpo. El golpecito repercute a lo largo de todo mi cuerpo. Siento que se aproxima una tormenta fenomenal. No hagas eso —digo, es decir, pienso. ¿Por qué? —pregunta sin dejar, por supuesto, de hacerlo. No hagas eso —alcanzo a repetir mientras siento que mi cuerpo se convierte en un resorte que pugna por doblarse por el medio. Nada sabía yo de mi cuerpo convertido en bisagra de resorte, no antes del juego de los golpecitos. Aquello era el descontrol. Mi cuerpo entero era un gran calambre. Tenía que salir de aquello. Puse las palmas de mis manos sobre su espalda. Temblaba y sud-

aba como si tuviera fiebre. Pero no estaba dispuesta a desclavarse. Entonces apreté las nalgas una y otra vez y las aguas impetuosas bajaron desde lo alto del glaciar, como si acabara de comenzar la primavera.

Nunca tuve una bajada similar. La mancha blanca huía de mí por los laberintos de su cuerpo. No tardó ella en retirarse, centímetro a centímetro. Pero cuando terminó de sacárselo ¡seguía en erupción! ¡Era la Gran Mancha Blanca! ¡La Gran Mancha Blanca saltando incesante y bañándolo todo! Su rostro, su pelo, sus hombros, su pecho, su vientre, mi vientre y más allá el piso, hasta el tazón, todo quedaba chorreado. Mirábamos la erupción con idéntico asombro. Loca de avidez trepó sobre mi cuerpo y antes de que pudiera llamarla a alguna forma de moderación se lo hundió en el ojal, tan fácil y gloriosamente como la espada se desliza en su vaina, y tan a fondo que terminaron por mezclarse nuestros pendejos. Y entonces, ahí sí, quedó exánime, los ojos en blanco, la boca bien abierta, como buscando un estertor que le rompiera el pecho. Me pareció comprender lo que esperaba: el instante en el que la ola que le había vertido por la boca se encontrara en el centro de su laberinto con la que le estaba lanzando ahora mismo desde las antípodas. Cuando eso sucedió estiró el hocico hacia la luna, como hacen los lobos y se derrumbó mudamente, como si fuera una estatua de arena.

¡La Gran Mancha Blanca! ¡Renée había sacado de mi cuerpo La Gran Mancha Blanca! Yo sabía de su existencia, pero nunca había podido alcanzarla. El cuerpo desmayado y empapado de Renée se helaba sobre mi pecho. Muy despacio desalojé mi pieza, ya exhausta, reseca en su atolondrada rigidez. Cubrí nuestros cuerpos con la cobija y dejé que también a mí el sopor me invadiera. La luz de la tarde se iba apagando. La lucecita roja de la cámara se hacía más visible. ¿Qué le

habrá parecido el espectáculo a mis carceleros? En realidad una cámara no ve nada. Esa cámara nada sabe de lo que pasó entre nosotros. ¡La Gran Mancha Blanca! Mis adoradas nínfulas son muy capaces de acabar con mis fuerzas, pero no de sacar de mí la Gran Mancha Blanca. La imaginé ahora mismo expandiéndose alocadamente por todo su cuerpo, infiltrándose en todos sus fluidos, hasta en su sangre. ¿Qué será de ella, pobrecita, ahora que ha sido bendecida con la Gran Mancha Blanca? ¿Y qué será de mí? Para siempre seremos únicos el uno para el otro. Me invadió la melancolía. Lo sucedido era un apogeo, pero ¿dónde venía a alcanzarlo? En la peor de las suertes, en los tenebrosos dominios del Tiempo.

La recuerdo ya a medio vestir entretenida en admirar mi garrote. Lo sopesaba sobre la palma de su mano, como si fuera algún tipo de animalito o de instrumental exótico. Lo remangó y miró dentro del orificio como si fuera algún tipo de caleidoscopio. Después estuvo examinando los bordes del orificio, como si esperara encontrarlos abrasados por el fuego que estuvo escupiendo. Terminó de vestirse, sin apuro y sin coquetería, cada tanto mirándome y sonriendo, remoloneando un poco, como se hace cuando angustia un poco que llegue a su final el primer encuentro amoroso. Quisiera invitarte a que te quedes ya, ahora mismo aquí conmigo, pero me temo que no cuento con las mínimas comodidades —le dije, le pensé, le telecomuniqué. Querido mío —respondió con la mirada enternecida hasta las lágrimas—, dondequiera que vos estés para mí es el Paraíso. Pero para sacarte de aquí lo primero es irme ahora. Después, cuando hubo cerrado la puerta de mi jaula, mientras esperaba que vinieran a abrirle la salida, se detuvo para mirarme una vez más y otra vez se le escaparon las lágrimas. Mirando ya con alguna distancia deben de haberle dado mucha tristeza mi desnudez y mi jaula. La rescató del dolor el carcelero, y en cuanto hubo de-

saparecido, la luz de mi conciencia se apagó y descendió el sueño sobre mí para consolarme.

Me despertó Dientes de Oro a los gritos y golpeando los barrotes de la jaula, exigiendo que me comiera ya mismo mi desayuno. Duraznos de agua enormes, y dulces pese a que no parecíamos estar en verano, grandes bananas carnosas e inmaculadas, de Ecuador según la etiqueta pegada, y una jarra de leche, por una vez con olor y sabor a vaca mismo. Comí cuanto pude y volví al camastro. El telón cayó pesadamente y de inmediato. Intenté resistir pero nada que hacer. Habíamos regresado a los somníferos. Al abandonarme y cerrar los ojos ví una planicie, una pampa, y un camino que se perdía en una inalcanzable lejanía hacia la que no tenía más opción que encaminarme.

II EL SACRIFICIO

Y aquí estoy ahora, en esta casa de mármol sin puertas ni ventanas, con cortinas de telas ligeras como suspiros, que levantan el vuelo con la más mínima brisa. La luz rebota y se aplaca en las paredes, en los pisos, en los techos, todo de mármoles de distintos colores: azul, verde, rojo, amarillo, negro, blanco. Al despertar pensé que estaba atado, pero no era así. Sólo estaba atada una parte de mi cuerpo. Por debajo de la túnica de seda que tenía puesta una serpiente dura y correosa estaba enroscada en mi cuerpo a la altura de la cintura. Cuando pude contener el pánico y saltar de la cama, levanté la túnica. Lo que rodeaba mi cintura era un grueso cinturón de cuero. Una segunda correa partía desde la espalda del cinturón, pasaba entre mis piernas y venía a abrocharse al cinturón sobre mi vientre. Esta segunda correa anillaba mi garrote lo suficiente como para impedirle la función de penetración, aunque le dejaba suficiente libertad como para —a duras penas— alcanzar un ángulo aceptable para soltar la orina. El artefacto se remataba sobre mi vientre con una gran cerradura de hierro. Un cinturón de castidad, eso tenía puesto.

Mi lecho es principesco. Colchón y almohadas de plumas, y sábanas como para la piel más irritable. El mármol exhala frescura. En el comedor la mesa y las sillas son de mármol. Recorro los pasillos desiertos oyendo aguas cantarinas. Descubro que frente a cada una de las ventanas hay una fuente. El rocío impregna el aire y genera una brisa que se cuele en la casa haciendo bailotear la ligerísima tela de las cortinas. Más allá de las fuentes una franja de vegetación muy densa, pero más allá, no importa por qué ventana me asome, lo que hay es el desierto, dunas y dunas de arenas doradas, hasta el horizonte. La casa de mármol está en un oasis, un oasis que

está —como suelen estar los oasis— en el medio del desierto. Enhorabuena, pues. Es otra cárcel.

Al recorrer la casa una música de risas y gritos cristalinos me lleva a un gran recinto en el centro del cual hay una piscina en la que se divierte un grupo de hembras de homúnculo, desnudas. Oculto a sus miradas me deleito con la visión mirífica. Todo tipo de pieles y todo tipo de rasgos. ¿Cuántas son? Doce, trece, catorce ¡quince! Unas con tetitas que son apenas piquitos, a otras colgándoles del pecho el fruto ya maduro. Unas con unas pocas plumitas cubriéndoles apenas el vértice, otras con tupidos vellones como para llenarse la mano. Parecen las participantes del Miss Universo Quince Años en un momento de esparcimiento y camaradería. ¡Qué tesoro! Digno del palacio que habitan. Busco entre ellas a una que sea nínfula, hija de la espesura, cuando oigo a mis espaldas una voz masculina, muy modulada y tranquila, casi dulce, que dice: Bienvenido al Desolladero.

Es un homúnculo joven, muy blanco de tez y de facciones agradables. El pelo de un extraño color amarillo con tornasol violáceo lo llevaba engrasado, y erizado, como si una descarga de energía eléctrica le hubiera pasado por el cuerpo. Viste una túnica como la mía, pero la mía es celeste y la suya canela. Al fin puedo verte a los ojos —dice, y suena como si realmente estuviera encantado de poder hacerlo. Sé que no podés hablar, también sé que sos muy inteligente —dice con tono de iniciar una charla confianzuda y muy privada. Que sos inteligente te lo estoy viendo ahora mismo en los ojos. Por eso es que te lo digo claramente: inútil que te preguntes cómo llegaste aquí, o dónde estás, o quién soy yo, o cómo salir de aquí. De aquí sólo vas a salir cuando yo quiera que salgas, espero que te quede claro —el giro en el tono de estas últimas palabras hacía pasar de la cháchara frívola a la fría

amenaza. No te imagines que podés salir de aquí si no es por mi voluntad. No te imagines que me podrías imponer tu voluntad porque me ves solo y desarmado. No quieras hacer la prueba. Podrías encontrarte de pronto en el pozo de los alacranes. El alacrán más chico mide veinte centímetros, y hay centenares, miles de ellos —el rictus que aflora en sus labios es de maldad, maldad caricaturesca y pueril.

Pero vos no vas a tener ideas locas ¿verdad? —dice, volviendo a la actitud simpática. De hecho no creo que quieras nunca salir de aquí, porque, como verás, esto es el Paraíso. Lo que a vos realmente te tiene que importar es esto: saber para qué estás aquí, o sea: para qué te quiero aquí, para qué te traje. Y se calló la boca, esbozando una sonrisa sobrada y misteriosa. Miró hacia la piscina por encima de mi hombro y golpeó con fuerza las palmas de sus manos para atraer la atención de las bañistas. Me tomó de la mano y avanzó hacia ellas. Cesaron de inmediato las voces y las risas y las hambrietas nos prestaron toda su atención. Chicas —arrancó mi anfitrión ¿o mi amo? con tono de presentador de circo—, aquí está la maravilla que les había prometido: ¡el Sumo Sacerdote de nuestra religión! Bien veía yo en las caritas de aquellas damiselas el encanto, el arrobó, la expectativa, cuando no directamente la maravilla que aquella presentación les despertaba. Sí, señoritas, hoy es un día de regocijo para esta casa, porque hoy finalmente se cumple la cita con su destino. El esperado está aquí. Aquel que dará cumplimiento a la promesa con que esta casa carga desde su mismo bautizo, está aquí. Él, señoritas, y nadie más que él es... ¡El Desollador!

Silencio absoluto, ojos muy abiertos, arrobó total. El momento perfecto para que mi dueño —porque ¿cómo pude haber llegado aquí sino vendido como esclavo?— se acercara a mí y lentamente levantara el velo que ocultaba mi cuerpo. El murmullo

de asombro se transformó en maravillada excitación. Por más enjaulada —o encorreada— que estuviera esa parte de mi cuerpo el calibre, la extensión y la rigidez eran plenamente apreciables. Alguna de las nenas se llevó los dedos a la boca y me silbó un estentóreo piropo, que generó una carcajada de sus compañeritas. Mi dueño parecía reventar de orgullo. El tornasol violáceo se le hacía más intenso en la crencha engrasada.

No tengo duda de que aun sometido con correas de cuero el garrote debía de lucir aterrador. Es más: precisamente por ser presentado así, inmovilizado, como una bestia feroz, es que debía de lucir aterrador. ¿Y por qué si no por mi rígido y desmesurado atributo se me había concedido el macabro título de Desollador? Pero entonces ¿qué entusiasmaba tanto a esta partida de inconscientes? ¿A quién habría de desollar con mi atributo sino a ellas mismas? ¿Cómo saludaban con tanto entusiasmo a su futuro verdugo? ¿Qué se imaginaban que sucedería con sus delicados estuchecitos de hembritas de homúnculo cuando mi amo me diera la orden de empalarlas? Tomándome de la mano y a la vez manteniendo levantada mi túnica para exhibirme, avanzando con un gracioso pasito de minuettero que contrastaba con mi pesado paso de plantígrado, mi amo me hizo dar lentamente la vuelta a la piscina, arrancando muestras de excitación y hasta algún epíteto subido de tono de los impolutos labios de mis admiradoras.

Cumplido el periplo triunfal, el dador de ensueños que me ha tocado como amo me indicó con un gesto que ahora yo mantuviera levantada mi túnica y volvió a dirigirse a su audiencia. Señoritas —recomenzó, imponiendo silencio—: el Desollador no habla —anunció como si ello fuera la prueba definitiva de mi idoneidad para el oficio al que se me consignaba. Tiene la lengua demasiado larga y gorda —y aquí utilizó las manos para expresarse mejor— como para ponerla al ser-

vicio de los sutiles menesteres del habla. El toque de humor lo recibió su claque con un nuevo estallido de risas y entusiasmos. Controlen sus ansiedades, señoritas —advirtió entonces. El Desollador no estará disponible para ustedes... —y aquí, dando la espalda a su auditorio, se levantó la túnica mostrándoles sus nalgas— ¡hasta tanto no haya hecho yo uso de mi derecho de pernada! Una gran risotada brotó de aquel ramillete de florecillas, seguida de protestas y abucheos. Porque yo, señoritas, y sólo yo... —terminó diciendo el patrón, recuperando la compostura— ...tengo la llave de los sueños. Y diciendo esto mostró en su mano, aparecida como por arte de magia, la llave que, a no dudar, era la de mi cinturón de castidad.

Las hembras, obviamente que acostumbradas a este peloteo infame, abuchearon sus últimas palabras. Algunas de ellas, inclusive, para burlarse de los privilegios del amo, mientras abucheaban abrían las piernas y se señalaban la vulva, significando inequívocamente que el verdadero privilegio en última instancia serían ellas quienes lo gozarían. Las muy inconscientes estaban tan prontas para el martirio como los primeros cristianos para lanzarse a la fosa de los leones. Salimos del recinto dejando a nuestras espaldas tal alboroto que parecía que el agua de la piscina hervía.

Toda aquella demencia obscena me dejó desconcertado. Aunque después de mi estadía en la jaula nada del mundo de los homúnculos debiera sorprenderme. Pensé que después de la escenita de la piscina las actividades propias de mi oficio —fueran cuales fueran— comenzarían de inmediato. No fue así. El amo desapareció. Pasaron los días sin tener noticia de él. El recuerdo de la espesura ya no me frecuentaba como antes. Eso sucede en los dominios del Tiempo: las cosas que más nos importan se convierten en cosas “pasadas”, y luego en Pasado, a secas, territorio, como se sabe, por

definición inaccesible. Me entregué al temor de que los vinos perfumados, los almohadones de plumas, los sabores exóticos, la promesa de cuerpos delicados en los que derrochar mi potencia, todo sumado acabaría por borrar en mí la verdadera naturaleza de mi deseo.

Me dediqué a recorrer el palacio y sus alrededores, es decir, el oasis. Para mi sorpresa nada encontré que me indicara de dónde salían los manjares que me servían puntualmente sirvientes negros, y tan mudos como yo. Evidentemente había dependencias del palacio secretas e inaccesibles. Tampoco encontré nada que me indicara cómo se salía del oasis y cómo se regresaba a él. Quizá en helicóptero, pero lo habría oído. Caminos o carreteras no había en las dunas que nos rodeaban. Quizá hasta debajo del palacio llegaba una línea del Metro. ¿Por qué no? Quien puede permitirse este palacio puede permitirse una línea privada del Metro que corra por debajo de las arenas del desierto. En ningún momento se me ocurrió pensar que el palacio y sus habitantes, toda la bendita cosa, fuera una alucinación, pura fata morgana. Ni siquiera había comenzado a explorar las posibilidades que el chip ofrecía en el terreno de la imaginación.

Llegó el día finalmente en que cedió el sentido común que me recomendaba permanecer lo más lejos posible de la piscina y zonas aledañas. Sólo a tres de mis prometentes desolladas encontré junto a la piscina. Apenas me vieron, desnudas como estaban, se me acercaron. ¿Ya se lo hiciste? ¿ya lo desollaste? —preguntó la pelirroja, pregunta absurda y cruel si las hay aunque formulada con total frivolidad. Tenía abundantes pecas, la piel se le veía mantecosa y se le formaban hoyuelos en las mejillas al sonreír. Su escaso vello púbico parecía llamas que se le escaparan del hornito que llevaba entre las piernas. No seas tonta —intervino la negra. Si se lo hubiera hecho ya lo

hubiéramos tenido aquí luciéndose con los detalles. Negra azul, ojos de pantera, con una boca golosa que despertaba la gula. A menos que haya quedado de cama —objetó la pelirroja. Aunque todavía no lo haya hecho, ya que el Desollador está aquí, podríamos aprovechar para conocer un poco más en detalle nuestro cruel destino —intervino la tercera, una pequeña escuálida que al lado de aquella formidable antinomia tenía tanta gracia como una sardina entre un tiburón y una mantarraya. La distinguía, como un estigma, en medio de la frente, el ceño perpetuamente fruncido, como si sospechara de antemano de cualquier cosa que se le cruzara.

Las otras aprobaron, de manera que me levanté la túnica hasta la cintura y les mostré el animalito encorreado. Lo observaron en silencio, los ojos y la boca muy abiertos. Qué barbaridad —dijo finalmente la escuálida. Da miedo. Pero sonó como si hubiera dicho: Qué belleza, qué ganas que me dan. Puesto que el anillado sólo dejaba libre la cabeza —los depósitos estaban recogidos en una bolsita de cuero—, a manera de saludo amistoso todo lo que pude hacer fue descapotarla. Como si les hubiera ofrecido una copita de aperitivo. La menos agraciada pero más decidida fue la primera en bajar. Se mojó los labios con la lengua, se inclinó hacia delante y en su boca alojó de la bellota lo que le cupo. La estuvo chupeteando en éxtasis y luego trató de introducir su lengüita en el orificio, cosa que la puso como loca, arreciendo el chupeteo en busca de un desenlace rápido. La negra, calando la intención, le puso la mano sobre un hombro. Me toca —exigió con firmeza y la desalojó. La negra aplicó sus labios sobre la bellota con el mismo cuidado con que el pulpo aplica sus ventosas, y luego sorbió con la fuerza con que sorbe el ojo de un tornado. No hubiera soportado mucho tiempo semejante tratamiento. La tomé del pelo y la obligué a desprenderse. Me miró con una sonrisa

triumfal. Le mostré la lengua. Sacó la suya. Hermosa lengua, enorme, retorciéndose de puro ansiosa. Lamió el casquete, ya tan tenso que brillaba como un yelmo alcanzado por un rayo de sol. Floté en la delicia. La que ya había tenido su oportunidad y la que esperaba su turno se besaban en la boca y se acariciaban mutuamente la entrepierna.

Cuando fue su turno la pelirroja siguió otro tipo de estrategia. Me sorprendió con la guardia baja y se llevó el premio. Lo que hizo fue alojar la bellota en su boca y permanecer inmóvil, acariciándola con la humedad de sus mucosas. Cuando me tuvo relajado mordió de repente la piel tensa. La tomé del pelo pero resistió y continuó mordisqueando. Cuando finalmente se retiró fue con el timing justo para recibirme en plena cara. Sorprendida por el caudal soltó un grito y de inmediato volvió a atraparme con sus labios y tragó cuanto pudo. Las otras se nos vinieron encima, exigiendo participar. Tuve que intervenir para imponer el principio de equidad. La escuálida mamó poniendo los ojos en blanco hasta atragantarse y chorrear. La negra se apoderó con autoridad del bastón, dispuesta a no compartir lo que quedara, que pensó que sería ya poco y que terminó siendo más que lo que podía soportar.

No tenía mucha gracia para mí estar ahí con el animalito doliéndome de tan duro, desesperado en su encierro mientras ellas se tendían sobre la frescura del mármol a completar la faena lamiéndose mutuamente de los labios la mancha blanca y hurgándose mutuamente con los dedos en la otra boca. La escuálida era la presa preferida de las otras, que se cebaban como lobas sobre sus moderados encantos. Régimen de placer excesivo al que la víctima se sometía arqueando el lomo, simulando tener atadas las manos sobre su cabeza y maullando como una gata en celo. Mirándolas no

pude menos que pensar que por muy zarpadas que estuvieran estas hembritas muy otra cosa sería soportar el garrotazo que el amo les tenía destinado. En realidad poca duda me quedaba: más que desollarlas seguramente que las destazaría.

Una mañanita, demasiado temprano considerando la gran masa de modorra bajo la que me habían ido sepultando los días de puro ocio, y de recordar con lágrimas en los ojos a mis nínfulas bañándose en el río, salpicándose y chapoteando, preparando sus cuerpos menudos y profundos para mi lujuria, una mañanita, digo, me despertó una voz que me susurraba una y otra vez al oído: Despertate, sotreta, despertate, pero no te muevas ni un milímetro si no querés quedarla. Abrí, pues, los ojos, despacito y sin moverme. A no más de veinte centímetros sobre mi rostro colgaba un enorme escorpión, negro como la noche más negra. Colgaba de un palito al que se sujetaba esforzadamente ¡con una sola de sus pinzas! para no caer. El aguijón, irritado, enervado, tenso, curvado, apuntado al techo, me recordó inevitablemente al aguijón siempre rígido y tenso que yo mismo llevo plantado en el vientre.

No se te ocurra moverte —insistió la voz en la que reconocí, ahora sí, a la de mi amo, aunque sin mover la cabeza no podía tener una confirmación ocular, ya que con el rabillo del ojo no conseguía de su imagen más que una mancha borrosa. Si te movés puede ponerse nervioso y soltarse para atacar. Y no me pongas nervioso a mí, porque si me llega a temblar la mano este de seguro que se suelta. Me pregunté: si el bicho me caía encima ¿podría sacármelo de encima antes de que me clavara el aguijón? Difícilmente. Cada negro segmento de su cuerpo rechoncho brillaba en la luz de la mañana como si fuera de metal o de una piedra muy pulida. Movía lentamente las patitas como si quisiera trepar por el aire, pero no movía en absoluto su aguijón, rígido, y en el tramo final delgado

como una aguja. Podía soltarse de su agarre en cualquier momento, por cualquier razón o sin razón alguna. Hasta la tibieza de mi respiración podía tentarlo. Y dejar de respirar yo no podía. Un temblor de la mano del amo, o una mosca que se le posara en la nariz al escorpión, o al amo, o a mí mismo podían terminar en el desastre. Muy pero muy lentamente empecé a mover una mano con la intención de colocarla en una posición desde la cual, arriesgando todo a una sola baraja, tuviera posibilidades de sacármelo de encima antes de que me picara. No lo hagas, no te muevas —recomendó el susurro de mi amo—, me parece que tienen visión periférica, como las moscas. Detuve la traslación de inmediato.

¿Cuál era la idea? ¿Quedarnos así hasta que el bicho de puro acalambrado se soltara? Tú y yo tenemos que hablar —susurró el amo en mi oído, como si no supiera que soy mudo, o que, al menos, hablar no puedo. Pero no me preocupó en ese momento su tontera sino la puntita histérica que vibró en su voz. Estaba furioso. En cualquier momento se le nublabla la razón y sacudía el palito. Me humillaste —dijo como si fuera a ponerse a llorar. Lo primero que hicieron en cuanto volvieron a verme fue burlarse de mí. ¡Habían conseguido tus primicias! ¿No había yo dicho claramente delante tuyo que antes que a nadie ibas a desollarme a mí? ¿No me rebajé hasta mostrar mi señorial culo para que no cupieran dudas? Estaba tan furioso que pensé que si seguía adelante con su justo reclamo iba a contagiarle la indignación al alacrán. Aquello era tan demente que me pregunté si no sería en realidad una pesadilla increíblemente realista, tipo 3D. ¡Exigía el derecho de ser el primero en sufrir! Ni siquiera el mártir cristiano o el musulmán más recalcitrante se pondría tan exigente. Merecerías que te tirara al pozo, o al menos que te hiciera comer este bicho —chilló con los dientes apretados. Realmente en ese momento maldije no poder articular pala-

bras para explicarle que en mis jugueteos con las hembritas nada de consecuencia había sucedido.

Respiró hondo. Pugnaba por controlarse. Vos sos único —dijo, no sin inocultable arrobo, inesperadamente suplicante—, sos lo que siempre soñé, te estuve esperando toda mi vida. Aun cuando ni sabía si existías realmente, sólo soñándote, construí para vos El Desolladero. Volvió a respirar hondo. Me pareció que sí quería controlarse pero que no sabía si lo conseguiría. ¿Para mí había construido este mausoleo en medio del desierto? Por primera vez se me ocurrió pensar que, independientemente de mi vida real, tengo, he tenido, desde siempre quizá, sin que siquiera supieran si yo realmente existía, una vida en la imaginación, en el deseo de la gente, de homúnculos, como mi amo, como las hembritas que se entusiasman al verme, o como Renée, o como quizá todos o casi todos los homúnculos y sus hembritas. La idea me superó, me mareó, me desbordó. ¿Quién era yo al fin y al cabo? ¿Dios? A punto estuve de soltar el manotazo y saltar fuera de la cama para aplacar, moviéndome, el vértigo al que me llevaba el discurso delirante de mi amo y el parloteo incesante del chip.

Con habilidad de atleta extenuado apelando a sus últimos recursos el alacrán cambió de mano, es decir, cambió de pinza. Es decir: para darle un descanso a una de las pinzas se agarró del palito con la otra. Realmente hacía lo posible por no caer encima de mí, o de lo que hubiera ahí abajo. No sé si los escorpiones tienen visión periférica, pero este para mí que tenía un ojo en la punta del aguijón, con el que me miraba fijamente al punto de tenerme hipnotizado. O quizá la punta del aguijón era la antena desde la que me enviaba mensajes telepáticos, porque de pronto me pareció tener perfectamente claro, como si me lo hubiera dicho con todas las letras, que el pobre bicho

no iba a aguantar mucho más colgado. Lo supe tan claramente como si fuera yo mismo el que colgara. Traté de aprovechar una posible telepatía con el bicho advirtiéndole que mi piel era altamente tóxica, especialmente para los escorpiones de gran tamaño, y que si caía encima de mí iba a morir achicharrado. Si podía, como lo hizo, cambiar de mano ¿por qué no podría ir desplazándose milímetro a milímetro por el palito hasta ir a caer —dado el caso— lejos de mi sagrada persona?

Voy a perdonarte esta vez —dijo el amo, finalmente—, pero será la única vez que te perdone. Dicho esto, sin más, sacó el palito con el bicho de encima de mí. Un reflujo inmediato y caudaloso de sudor brotó de mi piel mientras seguía con la mirada la retirada de la amenaza. El amo le pasó el palito a uno de sus negrazos, que desde la puerta había sido testigo de mi tortura. El negro agarró el palito y se lo llevó. Para mi estupor el escorpión acróbata nunca se soltó, pese a la carencia de cuidados especiales de que fue objeto en su retirada. Sospeché que el hijo de puta torturador de mi amo lo tenía entrenado. Pero no había terminado de volverme el alma al cuerpo cuando tuve que enfrentar un nuevo desafío. El amo se había desnudado y se había arrodillado sobre mi camastro ofreciéndome sus flacas nalgas, la frente contra las sábanas, en total prostración, como si estuviera orando en dirección a La Meca. De la entrepierna le colgaban los depósitos, diminutos y rosados.

Aquí está la llave de tu felicidad, bestia inmundada —dijo tendiendo hacia atrás una mano en la palma de la cual descansaba una llave dorada. Vamos, apurate —ordenó, viendo que yo tardaba en digerir la buena nueva. Giré la llave en la cerradura y el armatoste que aprisionaba mi vientre cedió. El animalito de puro contento saltaba como un perrito de apartamento al que han bajado a la vereda. Tenía tantas ganas que hubiera arremetido contra nalgas mucho menos apetecibles que aqué-

llas. Sin embargo, cuando lo acerqué al objetivo de pronto retrocedió, como disgustado, o como sorprendido. Me incliné, dispuesto a una inspección más cercana. Y comprendí. El olor lo había sorprendido. El ojal del amo olía intensamente a rosas. No es el olor que espera encontrar un honesto garrote cuando se dispone a barrenar un honesto ojal. Hay olores que en esa circunstancia motivan, emponzoñando los pulmones, y hay olores —como este— que francamente desorientan. Traté de forzarlo al cumplimiento, pero se negaba a sostener la posición, pegándose enérgicamente contra mi vientre. Vamos, torpe —ladró el amo, irritado por la espera. De pronto comprendí, y el conflicto se destrabó: era el lubricante lo que olía a pétalos de rosas. Explicada la circunstancia, el animalito se apeó de su resistencia y descendió hasta la posición de ataque.

El anillo del amo se aflojaba más y más a medida que el portento ganaba terreno. Un verdadero experto en relajación de esfínteres. Pero por más que se relajara no tardó en quedar claro que aquello era demasiado aun para sus mejores intenciones. Dejó de suspirar de puro gusto y empezó a gemir de puro dolor. Despacio ahora —pidió casi sin voz. Para mi sorpresa seguía relajándose para dejar paso a la intrusión. Cerré los ojos dispuesto —¿qué otro remedio?— a tener mucha paciencia. Reminiscencias de la dorada espesura me invadieron. Me recordé forzando los ojalitos de mis nínfulas, ojalitos apretados como nuditos rosados que sin embargo, como las puertas de un palacio mágico, se abrían de par en par para alojar toda mi artillería. Las recuerdo en la canícula más feroz, ensordecidos por el chillido despavorido de las chicharras, los cuerpecitos empapados de sudor, de rodillas sobre el pasto seco recibiendo hasta el último centímetro sin esfuerzo, como si fueran sus ojalitos las fundas naturales y auténticas de mi portento.

No puedo más. Me estás matando, me rindo —oí que concedía el amo. Disimulaba, pero comprendí que estaba llorando de rabia por no poder concluir la faena. Metiendo una mano por entre sus piernas tanteaba el segmento de Paraíso que había quedado fuera de sus homunculares posibilidades. Pero cuando hice un mínimo movimiento de retroceso exigió que no me moviera. ¿Qué van a decir de mí las muchachas? —mariconeó, llorando casi. Que les traje al Desollador y que no me animé a probarlo entero. ¿Qué derecho tengo a imponerles lo que yo no me banqué? ¿Van a someterse a un suplicio del que yo huí como un cobarde? Su discurso me volaba las entendederas. Era un discurso demente, totalmente a contramano de cualquier lógica. Sí, de cualquier lógica. Como si yo fuera Alicia y este palacio de mármol en el desierto fuera el otro lado del espejo.

¡Pero yo elegí ser el primero y dar el ejemplo! ¡Y no voy a renunciar a mi derecho de pernada! —arrancó de pronto, en un acceso de orgullo. Y empujando con las nalgas contra mi vientre, reconquistó los centímetros que yo le había aflojado, aunque sin poder ir más lejos. Evidentemente el dilema entre el dolor y el honor le estaba rompiendo el cuerpo, pero también le estaba rompiendo el alma. Respiró hondo. Realmente estaba decidido al martirio. Empujá vos, aunque me mates, cuando yo te diga —dijo, y quedó en silencio, seguramente que encomendándole su alma, o lo que fuera que sintiera más en peligro, al dios de los voluptuosos. Como íbamos era un espanto sin fin, prefiero un final espantoso —dijo con un hilito de voz, resignado. Matame, pero que sea de una sola vez... ¡ahora! Tengo que decir a favor suyo que aún en ese momento titánico, fue capaz de relajarse más todavía, y que al sentirse atravesado en ningún momento intentó escurrir el bulto. Al César lo que es del César. Eso sí, aulló de tal modo que aun en sus más recónditos aposentos mis promitentes

desolladas deben de haber adivinado el insuceso, y deben de haberse escalofriado hasta la médula.

Previendo futuras incursiones calculé que ya abierta la brecha valía la pena trajinarla un poco, de manera que ya no le fuera tan dolorosa la resistencia. Me entretuve entonces un poco en la faena. Sin saña, sin barrenar con todo el largo, sólo con lo necesario para dejar elástica la dilatación a la que había forzado la base de mi tallo. Aceptó el tratamiento, sumiso y relajado, y para mi sorpresa al ratito su silencio se convirtió en un suspiro placentero. Curioso como soy, deslicé una mano por debajo de su cuerpo y encontré un garrotito delicado y dulce, como el de un niño. Tironeé de él pinzándolo entre el pulgar y el índice, porque para la mano entera no alcanzaba. Gimió entonces como si experimentara el más delicioso de los encantamientos y estremeciéndose blandamente soltó unas gotitas de su néctar que humedecieron la punta de mis dedos. Creo que antes de que terminara de descargarse su instrumento había vuelto a encogerse a punto tal de volverse inasible.

Avaro había sido su placer y avara fue mi emisión. Cuando me retiré se puso de pie muy despacio y mascullando maldiciones. Miró mi vientre, no menos armado que al comenzar la brega, aunque tenía ahora el portento decorado con un atractivo vetado rojo sangre. Hijo de puta —musitó acomodándose la ropa—, valés cada gramo del oro que pagué por vos. Y mucho más. Porque como vos no hay nadie en el mundo. Dicho lo cual agregó: Ahora vienen a higienizarte —se dio media vuelta y caminó hacia la puerta lo más compuesto y con la mayor dignidad que pudo. A cada paso que daba dejaba una gotita rosada en el piso.

Entraron dos homúnculos negros a lavarme el garrote con agua de rosas. Los ojazos apasionados de uno de ellos expre-

saban, sin lugar a dudas, cuánto le gustaría probar aquello. Pero después del despertar espantoso que me propinara el amo, pensé que haría muy bien en abstenerme de fáciles aquiescencias. Me había dado a entender, y yo lo había comprendido perfectamente, que un esclavo es propiedad de su amo. ¡Bonita sabiduría! Seguramente que los sirvientes pensaban que soy sordo o estúpido, porque el otro, mientras me secaba el garrote, no sin disimulado mimo, se permitió, muy sobriamente, el siguiente comentario: Esta no es la picha de un homúnculo, ni siquiera la de un homúnculo negro, es la picha de una bestia. El de la mirada apasionada no resistió más la calentura y se bajó el calzón exhibiendo su lombriz, adormecida pero ya empezando a despertarse.

Sin apartar la mirada del portento tironeó de ella hasta que la tuvo totalmente erecta. Mi cobra hipnotizaba al fámulo fogoso, que ansioso de la mía no dejaba de masajear la suya. Quizá abrumada por la visión de mis proporciones su herramienta no lograba toda su extensión. Se sometía así a mi augusta majestad. Como gesto de especial deferencia, sin implicar compromiso alguno, calculando que su crisis no estaría lejana, descapoté la real cabezota y le mostré al fámulo la boca del cañón, lista para dispararse nuevamente. No soportó la visión y, abriendo la boca como para recibir la real erupción en ella, dejó que de su gusano saltaran unas gotitas, no más grandes que monedas, mismas que, aunque en pleno goce, supo atrapar en el aire con la habilidad de un prestidigitador o mago. El otro, rápido también, y oportuno, con una lengua larga y veloz como la de una rana, recogió las moneditas de la mano del mago y se las tragó. Para mi sorpresa, el gusano del apasionado volvió a adormecerse de inmediato, sin bostezar siquiera. Antes de irse me colocaron el cinturón de castidad, y se llevaron la llave.

Dos días tardó en reaparecer el amo. A esta altura del partido mis opciones estaban claras. O seguía adelante con mi oficio de desollador o intentaba la fuga. Pero la fuga de aquella prisión sin rejas sólo era posible utilizando el mismo medio que utilizaban para llegar o partir los de la casa. Y no tenía idea de cuál fuera ese medio. Huir a pie por el desierto no me llevaría sino al achicharramiento. En ningún momento había oído el ruido de un motor ni visto vehículo alguno ni lugar donde guardarlo. La única respuesta posible era, por absurdo que pareciera, que el acceso era subterráneo, es decir, por debajo de las arenas del desierto. Pero si así era ¿dónde estaba la entrada al subterráneo? En total libertad había recorrido todo el palacio y no había encontrado almacenes ni cocinas ni abertura alguna que diera a espacios subterráneos. La conclusión a la que tendía a llegar —sin llegar, porque no había tocado aún las posibilidades del chip que me permitieran hacerlo— era la de que aquel lugar, el palacio de mármol llamado El Desolladero, no era un lugar real, sino un lugar imaginario. Alucinación, pura apariencia o fachada, lo que fuera. Cada vez que me acercaba a aquella conclusión su carácter abismal, y mi incapacidad para realmente encararla, me sacaban todas las ganas de plantearme el problema.

Sí debo decir a favor de mi estadía en El Desolladero que mi cuerpo estaba recuperando la energía que había perdido en la jaula infame. En aquel mundo de mármol, abierto y luminoso experimentaba si no la libertad en que vivía en la espesura, por lo menos una ilusión de libertad. Pero ¿seguir allí? ¿Aceptar la insoportable villanía de mi oficio? ¿Cómo podía ser que en aquel harén el deseo de clavarse mi portento superara a cualquier lógica salutífera y salvífica? ¿Y su instinto de conservación, en qué quedaba? ¿Es que mi portento les despertaba, incontrolable, el instinto de muerte? ¿Soy el enemigo público número uno? ¿Peor que el virus del SIDA?

¿Como la tercera parca voy con mi guadaña por el mundo de los homúnculos recogiendo mi cosecha sangrienta? ¡Qué horrible! ¿Soy el más seductor, el más atractivo de los verdugos al servicio del Absurdo, aquel que logra que sus víctimas solitas vengan a poner el cuello en el tajo? ¡Qué horrible! ¡Pero qué horrible!

Para peor: por momentos la opresión del incesante goteo del Tiempo se me volvía literalmente insoportable. En esos momentos Lo Que He Hecho y Lo Que Haré tironeaban de mí partiendo al medio cada instante y vaciándolo de toda Vida. La nostalgia de la dulce vida sin ayer y sin mañana que vivía en la espesura me anegaba el alma y me hundía en la melancolía. ¿Podría alguna vez volver allí? ¿Podría alguna vez desintoxicarme, arrancar de mí esta angustia del Tiempo? ¿Podría volver a la plenitud de mí mismo? También es cierto que por momentos efectivamente sentía que me estaba habituando a vivir en el Tiempo. La angustia y la rebelión interior se me estaban haciendo menos frecuentes y quizá menos intensas. Ya no sentía que una especie de chip implantado en mi cerebro hablara por mí, relatando mi vida y pretendiendo exponer mis razonamientos. Empezaba a aceptar que esa voz dentro de mi cráneo era la mía, que era yo el que hablaba sin voz, que aquel otro yo, salvaje, sin voz, sin relato y sin razonamientos había desaparecido para siempre, o había mutado en este que ocupaba ahora hasta el más insignificante repliegue de mi existencia. Y este nuevo yo pugnaba por salir al mundo, por tomar definitivamente el control de mi existencia y por enfrentar a los demás en cuanto fuera necesario. Y lo intentaba forzándome a aprender el habla. A solas boqueaba en silencio, como un pez en su pecera y a la vez movía la lengua, atrás y adelante, y arriba y abajo, y para los costados, mordiéndomela a veces, y expulsando sonidos guturales que quizá en algún momento, por casualidad, se parecían al habla de los homúnculos. Y cuando eso

sucedía me sentía orgulloso, como si aquel avance tecnológico fuera el Camino Real de regreso a la libertad.

Tampoco voy a negar que por momentos, en momentos —digamos— de desolación, miraba a mi perpetuamente rígido emblema como una diferencia con la que ya no quería cargar. Había visto al animalito pequeñito y rosado de mi amo, y luego al animalito negro y perezoso del fámulo, primero desinflados, y luego inflados, y luego desinflados nuevamente, y así quería yo mismo funcionar, y me moría de envidia de una normalidad —la de los homúnculos— que significaba además una ventaja tan práctica.

Decía, pues, que dos días tardó en reaparecer el amo. Una vez más me llevó a espiar a sus sirenitas de interiores. Solacémonos —invitó, y se tomó de mi brazo, como si fuéramos viejos amigos, caminando con pasos cortitos, como tratando de evitar que volviera a rajársele lo que recién le estaría cicatrizando. Unas pocas sirenitas chapoteaban en la piscina. Al vernos se volvieron hacia nosotros, expectantes. Nada, nada, estamos de paso —les dijo, indicándoles con el gesto que siguieran en lo suyo. Piel mate, rojizas, blanquísimas. No estaban ni la morena, ni la pelirroja ni la pícara bandida. Sentí deseos de atrapar con mis manos sus tetitas, de pellizcarles los pezones diminutos, de explorarles con los dedos las entrepiernas pelonas. Pero la alegría confiada con que mis inocentes lujuriosas esperaban que las desollara no me engañaba, no era más que tontera, novelaría ingenua que no sabe medir las consecuencias, no tenían idea de lo que las esperaba. La retorcida razón que pudiera tener el muy canalla para querer sembrar en su harén la desgracia que se había autoinfligido se me escapaba completamente.

Mirándolas jugar me preguntaba cuál sería la simbólica del daño que se prometía infligirles. ¿Por qué no se guardaba

al Desollador para sí y las dejaba en paz? ¿Y cómo había conseguido reunir semejante harén? ¿De dónde habían salido las sirenitas? ¿Las había comprado también? ¿o las había raptado? ¿o eran voluntarias —como Renée— de algún programa tan absurdo como todo parecía serlo en el mundo de los homúnculos? Quiero que me las abras completamente, por delante y por detrás —susurró inclinándose hacia mí como si hubiera oído mis interrogantes. Que me las cales a fondo, que me las dilates, que las purifiques por dentro con tu chorro bestial. Quiero poder servirme de ellas en carne viva. ¡En carne viva! ¿Entendiste? Me detuve y lo miré a los ojos. Debe de haber leído el repudio en mi mirada, porque como con saña agregó: Así es como me gustan a mí, desolladas, sangrando, retorciéndose de dolor, y sobre todo muy pero muy abiertas, definitivamente abiertas, tan abiertas como si por ellas hubieran pasado las huestes de Atila, pero mejor, porque tu paso seguramente que es mucho más decisivo que el de las huestes de Atila. ¿Estás pronto, bestia bruta? Si otra fuera mi naturaleza le hubiera dado vuelta la cara de una trompada. Pero no sé hacer eso. Quizá con el tiempo el chip me enseñe a hacerlo. Quizá. Yo no sé hacerlo. No está en mi naturaleza.

El amo debe de haber entendido mi silencio como perfecta sumisión. Levantó mi túnica y abrió mi cinturón de castidad. Mi cachorro saltó, él si más que tonto, dispuesto para cualquier cosa. Miralas —ordenó el amo, llenándose la mano con el garrote. Obedecí. Me las imaginé nínfulas, hechas a mi medida. El amo tironeaba torpemente. Por darle gusto dejé que saltara una manchita blanca, con tanta mala suerte que fue a darle en plena cara. Boqueó asustado, como si un animal gelatinoso se le hubiera prendido de la jeta y fuera a metérsele por los ojos, por las narices, por la boca y las orejas, quemando todo a su paso. Bestia inmundada —escupió secándose con mi túnica y recuperando la compostura—,

mirá cómo me dejaste. Ponete el cinturón —ordenó, dándome la llave. Había pensando en darte no más de un par de ellas por semana, de manera de evitar un embotellamiento en la enfermería —masculló rabioso, malvado. Pero he cambiado de idea. ¿Desde cuándo soy considerado y precavido? Vas a tenerlas todas en rebaño. Quiero la gran fiesta de la sangre en una sola jornada. La cantidad tiene su encanto. Y veremos si el supermacho puede soportarlo. Dicho lo cual, se fue.

Estuve un buen rato pensando en las consecuencias de sus horribles deseos. Por detrás las sirenitas iban a quedar no mucho más averiadas que él, pero sus vulvitas —si él se empeñaba en que el calado fuera a fondo— no iban a sufrirme sin daños graves. Quiero decir: quizá mortales. Les desfondaría el útero seguramente, poniéndolas en peligro de muerte. Me hice el firme propósito de evitar aquella carnicería. Pero ¿cómo, sin habla, negociar con él para que, por ejemplo, acepte que por los genitales no tomen más que lo que puedan tomar? Deseé por primera vez en mi vida que mi cuerno resignara para siempre su rigidez, que colgara mansamente como cuelgan los cuernitos de los homúnculos. Pensé una vez más —horror— en cortarme el cuerno de raíz, y en lanzárselo a las aves carroñeras antes que dañar a las sirenitas. Pensé, finalmente —horror de los horrores— en matarme. ¡Esto era lo que había aprendido en el perverso mundo de los homúnculos! El camino de la renuncia: renuncia al propio cuerpo, al placer, a la vida misma. Y aprendí lo que el mundo de la espesura, donde no hay ayer y no hay mañana, nunca hubiera podido enseñarme: que al final del Tiempo viene la Muerte. Sudando como afiebrado, tragando toda aquella montaña de mierda, me prometí que encontraría la manera de huir, y que si no la encontraba cruzaría caminando el desierto.

Tuve un dormir agitado, sobresaltado, siempre a punto de despertar. Finalmente, en medio de la noche me despertó un

susurró vertido prácticamente dentro de mi oreja. Despertate, despertate —decía. Sobrecogido de espanto, preguntándome de qué tortura se trataría esta vez, abrí los ojos, quedando inmóvil. Nada. Oscuridad total. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra giré muy lentamente la cabeza y vi la carita de la escuálida, delicadamente delineada por el resplandor lunar. A punto estuve de saltar de la cama y salir corriendo. Nada teme más el esclavo que la furia del amo, y de las causas de esta es lo primero de que toma nota. A esta altura de mi peripecia en el palacio de mármol tenía yo perfectamente asumido mi lugar en las jerarquías. No te asustes —susurró poniendo una mano sobre mi pecho. Tenemos que hablar... es decir: tengo que decirte algo —se corrigió.

De pronto, como por arte de magia, el peligro que implicaba la situación se había desvanecido. En su carita había una belleza insoportable, y eso parecía ser, de momento, todo lo que me importaba. ¿Cómo no me había apercebido antes de su belleza? La actitud de tensa concentración quebraba sus rasgos con una vibrante asimetría. Su ceja izquierda se arqueaba y una línea delgada dividía su frente. Parecía una heroína de historieta. Nosotras sabemos que estás desesperado, que no querés hacernos daño, que querés huir de aquí —dijo, y seguramente en mis ojos la confirmación de sus palabras, porque siguió adelante: Queremos decirte que no tengas miedo, que no podés hacernos daño, porque todo esto no es más que un sueño ¿entendés? Nosotras soñamos al amo tal y como es, y él te soñó tal y como sos, y vos nos soñaste a nosotras tal y cuales somos. Lo que no es sueño es el palacio de mármol, y el oasis y este desierto sin orillas ¿entendés? Por supuesto que no había entendido nada, y lo que entendía no me lo creía. De lo que estaba seguro era de que estaba soñando. Menos entendí lo que dijo después: No puede haber daño que no sea el soñado. Y agregó: Ahora dormite y descansá, que mañana es el gran día. Dicho lo cual se alejó

hasta desaparecer en la penumbra. Cerré los ojos y descendió sobre mí un sueño aliviado, ya sin sobresaltos.

Me levanté ágil y ligero como el viento. Liberado de todas las aprensiones. Las palabras de la escuálida me habían cepillado toda la angustia. Estaba ansioso por disfrutar de las ruindades de mi oficio. En el gran recinto de la piscina habían instalado un lecho suntuoso, digno de los amores de que da cuenta el Cantar de los Cantares. Los almohadones, firmes y delicados, ideales para las piruetas de la lujuria, estaban envueltos en brocado de seda, en el que emergían en indecisos relieves, como de un sueño, las variadas figuras del frenesí gimnástico de la pasión. A un lado del lecho hay un gran sillón, un trono, oro y rubí, sobre el que descansa, indolente, el dueño del palacio de los sueños. Comparecido que hube, el amo dio dos palmadas que aunque delicadas resonaron con su eco en todo el gran recinto vacío. De uno y otro lado, de entre las livianas cortinas, como empujados por la brisa, fueron apareciendo ramilletes de hembras en toda su resplandeciente desnudez. Algunas tímidas, vacilantes, tomando de la mano a su compañera, las más esgrimiendo sonrisas impúdicas y ávidas.

Recibí la orden de desnudarme y recibí la llave de la jaula de mi vientre. Me mostré en todo mi esplendor. Vi estupor en sus miradas de cachorras, vi también lujuria, pero también oí exclamaciones de temor apenas disimuladas. El coro de las hembras se retorció, presa de los impulsos más contradictorios, como una bola de serpientes se retuerce en su nido. Vi que el cuernito del amo levantaba su túnica, vi cómo se lo masajeaba. Entonces, como un rayo cruzó por mi mente, por mi chip, la idea, la certeza de que aquello no era un sueño, como me había asegurado mi visitante nocturna. No existen sueños tan sólidamente horribles como este. Por más denso que sea un sueño uno siempre sabe que está soñando.

Comprendí con horror que mi visitante nocturna había querido convencerme de la inocuidad de todo aquello para que diera el paso y me abismara en la ignominia. ¡Pero la visitante nocturna era, seguramente, en realidad, ella sí un sueño, venía de mí, era yo! Produciendo ese sueño, yo mismo había querido engañarme para abismarme, para empujarme a ser el verdugo de aquellas inocentes criaturas. Pero ¿por qué? ¿cómo podía ser posible semejante cosa? ¿El chip había sido? ¿El chip sabía que yo no lo haría si él no me engañaba? Al borde del abismo, en el vértigo de saber que yo era dos que peleaban entre sí por el control de mis actos, me pregunté otra vez: ¿Voy a mancharme con la sangre de las sirenas? ¿Es mi destino trocar la alegría y la dulzura de sus días en padecimientos espantosos, en pavor y en muerte? ¿Qué me hace merecedor de tanta infamia? ¿La rigidez insobornable que me crece en el vientre?

Lúcido, erguido y erecto, pronto para el saqueo de sus cuerpitos, desplegado al viento el emblema de mi amoralidad, me sentía como el clavadista que se prepara para lanzarse desde el risco más alto sobre un mar remoto y turbulento. Me quemaban la piel las miradas concentradas del amo y de sus inocentes corderitas. ¿De qué podía acusárselo a él? ¿Acaso no había sido él el primero en someterse a mi fatalidad? Otra vez el amo soltó dos dulces palmadas que revolotearon alegres por todo el recinto hasta desvanecerse. Al nuevo llamado respondió mi escuálida, el ceño perpetuamente fruncido, dando un paso al frente. Seguramente que había sido pactado de antemano que ella fuera la primera. Nada en su rostro me recordaba el gesto de audacia que le cruzaba la cara anoche. Un violento color rojo le pintó las mejillas. Aquello era como un ritual y mi vientre era el altar de los sacrificios. Me sentí Abraham preparándose para carnear a su hijo. A esta altura de las cosas, como si hubiera ido calando en ellas la horrible realidad, muy pocas de

aquellas pollitas mostraban algún entusiasmo. Comenzaban a darse cuenta de la desproporción del asunto, como si por primera vez en su infantilismo percibieran la distancia entre el objeto de fascinación —colosal y sublime— y su maniobrabilidad en la práctica —más que improbable—, una práctica que pondría en juego la integridad de sus cuerpos.

Para consolarme de mi triste rol pensé que apenas desollara a la primera las demás se rebelarían o armarían tal pamento que cualquier continuación de la faena sería imposible. Pero ¿realmente sucedería así? ¿Tendrían el coraje para rebelarse? ¿Serían forzadas a someterse al desgarramiento? Por primera vez tuve una vívida imaginación del Futuro: vi aquel lugar destinado al jolgorio convertido en una carnicería, oí la gritería de pánico y de dolor, olí la sangre goteada sobre el mármol. Y además: la primera desollada sería ella, la escuálida. La recordé en aquella pequeña orgía con sus amigas: audaz y voluptuosa, vivaz y ávida de picardías. Dos palmaditas más del amo —que revolotearon como aves agoreras y enjauladas— y ella avanzó hacia mí, muy lentamente. La sangre desapareció de sus mejillas dejándole un color blancuzco y ceniciento. Se le estarían aflojando las tripas seguramente. Hija mía ¿cómo haré para ahorrarme el dolor de sacrificarte? Se arrodilló frente a mi altar y me miró con ojos a la vez resignados e implorantes. Hágase sobre mí tu voluntad parecían decirme. Entonces, clamoroso, espectacular como un big-bang hollywoodense, ocurrió el milagro. Sonaron las trompetas y se derrumbaron las murallas.

Fue en un pestañeo. Como cuando le sacan el piso de debajo de los pies al condenado a la horca. Si todos aquellos pares de ojos quedaron redondos como platos, no digamos lo que me hizo a mí aquel brusco y absolutamente inesperado aflojamiento. No sabía yo lo que era sentir aquello colgando, por-

que nunca había colgado. Sentí como si cada centímetro cúbico de mi cuerpo de pronto pesara el doble. Me bajó de golpe la presión y creí que iba a desmayarme. Toda mi potencia vital había estado concentrada en el portento, que jalaba de mí hacia arriba, hacia las divinas alturas. Esfumada la tensión del portento yo era como una marioneta a la que le hubieran cortado los hilos. Aquella ruina colgaba vilmente, por completo apaciguada, inane. Crucé con la escuálida miradas de estupor, estúpidas. ¿Su gesto era de alivio, o era de frustración y de impaciencia? Lo ignoro. Porque en ese momento delante de mis ojos se corrió un telón negro y pesado, y sentí que caía y caía y que nada podría detener mi caída.

Desperté en medio de la noche, lúcido pero no menos débil de lo que me había sentido justo antes del apagón. ¿Así sería de aquí en adelante? ¿Tendría que estar negociando mi vida con esta debilidad? ¿Volvería a mí la rigidez y con ella la energía? No se habían molestado en ponerme el cinturón. Me había vuelto inofensivo. Sostuve en la mano aquello como quien sostiene una parte muerta de sí. Completamente blando. Repugnante. De pronto, desde las penumbras de la habitación emergió otra vez ella. Encendí una bujía. En la expresión de su rostro leí la compasión, el desprecio y también una puntita de cinismo. Me pregunté si otra vez la estaría soñando. Pobrecito —dijo. Qué momento para aflojarte... Nos dejaste a todas en ascuas. Nunca vamos a recuperarnos de semejante frustración. Sus palabras me confundían. Entonces ¿cómo era? ¿o cómo había sido? ¿se morían de miedo o de ganas? ¿se perdieron por mi culpa las mieles en que abunda el Paraíso de los mártires? ¿fluctuaban al azar de los sucesos entre el miedo y las ganas? ¿o era yo el que las cargaba de uno y de otro deseo, el de huir y el de perderse? ¿eran las sirenitas fantasmas, simulacros al que yo o el amo o quienquiera que fuese cargaba de deseos a su antojo? La realidad y/o mi com-

presión vacilaban, se tambaleaban a punto de derrumbarse, de desinflarse como se había desinflado mi emblema.

Sentí náuseas, y hubiera vomitado de tener energía como para hacerlo. El amo quiere carnearte, es preciso que huyas ahora mismo, yo te diré cómo —dijo. Sí, era lógico que quisiera desollarme en público, como Apolo desolló a Marsias, y echarle mis pellejos a los perros. ¿Por qué no dejarle hacerlo? Me sentía inútil y miserable. El portento no sólo era el acumulador de mi energía. Estar a su servicio, a su capricho era todo el sentido de mi existencia. Sin la tarea infinita, interminable de diseminar la mancha blanca nada tenía sentido para mí. Para eso me alimentaba con los frutos de la espesura, para eso descansaba bajo mi techito en la humedad del cañaveral, para eso corría azotándome los flancos con las ramas de los arbustos, para adensar los humores, para endulzarlos, para disponerlos para la cópula. No sólo mi potencia, también mi alma había volado, había emigrado de mi cuerpo.

Sin embargo, por más tenue que sea, el hilo de la esperanza es resistente. Podemos perder hasta la última gota de dignidad, pero la esperanza resiste. Quizá volvería la rigidez y volvería a ser yo. La escuálida me tendió la mano. Vamos —dijo, y mi cuerpo, pesado como el de un paquidermo, poco a poco se puso en movimiento. Que los hados perdonen mi autoindulgencia y protejan mi triste deseo de seguir adelante. Tironeándome ella de la mano avanzamos por pasillos y corredores que conocía ya de memoria. Tan torpe y pesado mi paso que me parecía que la tela de la túnica me hacía zancadillas. Ganas tenía de decirle que era inútil, que por aquí no había a dónde huir, que ya conocía yo todos los vericuetos del palacio, pero el aliento no me daba como para intentar que sonara mi garganta.

Así fue como llegamos a una habitación desnuda de todo mobiliario, un cubículo de mármol habitado tan sólo por la brisa de las fuentes. Ella se paró frente a una de las paredes. Apoyó la frente contra el mármol y recitó susurros, como un judío frente al Muro de los Lamentos. El pesado mármol se disolvió en el aire, como si fuera un holograma. Vi entonces, iluminada con una luz pobre y blanquecina, una ancha escalera que descendía hasta perderse en un recodo. Dale, apurate, al final de la escalera está el andén de la estación. Un tren sale pronto —dijo mi guía. Bajé lentamente, con cautela, como si de pronto pudiera perder pié tal y como le sucedió a Alicia en aquel hoyo. O como si la escalera misma —como sucedió con la pared de mármol— pudiera disolverse en el aire, tal y como a una nube la desfleca un fugaz remolino de brisa.

Al pie de la escalera, en efecto, estaba el andén, largo como el de una estación común del Metro. Un tren estaba detenido con las puertas abiertas y las luces apagadas. En los pasillos de los vagones, entre los asientos, habían estibado bultos de todo tipo. Me deslicé en el piso, debajo de los asientos y detrás de una pila de cajas. Estaba como atontado. Pesada la cabeza, pesados los párpados, pesadas las pestañas. Reaccioné apenas cuando —ignoro cuánto tiempo después— con un susurro las puertas se cerraron y el tren comenzó a deslizarse, cada vez más rápido. Meciéndome como en una cuna el suave bamboleo, mi cuerpo y luego mi mente abandonaron toda resistencia.

No sé cuánto tiempo duró el viaje. Cada vez que me acercaba a la vigilia eran los mismos el ritmo, la oscuridad, el traque-teo y las luces que fugazmente, con total regularidad, escandían el tiempo. Entre sueños imaginaba las dunas magníficas por debajo de las cuales corríamos, un sol grande como todo el cielo, lentísimas caravanas, la desesperación del que ve a su camello hincarse en la arena, vencido por la sed, y la oración del que le agradece a su dios el haberle concedido una tumba espléndida más allá de toda medida. Y volvía a adormecerme. Me arrancó del sueño un interminable chirrido expandiéndose incontrolable por un espacio enorme. Efectivamente, el tren había entrado en un enorme hangar tapizado de líneas entrelazadas. Una gran estación, una terminal, una central de operaciones. Una luz grisácea se colaba por las altísimas claraboyas. No había a la vista andenes para pasajeros.

El tren finalmente se detuvo. Esperé un rato, escondido, pero las puertas no se abrieron. No me costó mucho forzar, a puro músculo, una de las puertas. Nada más inapropiado para caminar sobre el pedregullo de la explanada que las sandalias de suela muy delgada que llevaba. Para no llamar la atención me fui contra la pared, detrás del último de los trenes. Para mostrar hasta qué punto mi mente se había convertido en una máquina de recordar refiero aquí lo que pensaba mientras recorría aquel enorme lugar. Pensaba que si bien me parecía una verdad indiscutible que el que hablaba en mi cabeza era en realidad el chip, quedaba por dilucidar quién era el que sabía que el que hablaba en mi cabeza era en realidad el chip. No podía ser otro más que el chip, por supuesto, porque el que yo había sido antes del chip ya no existía más que, y cada

vez más borroso, en mi memoria, y en mi deseo de volver a ser él. Recuerdo asimismo que para no seguir hipotetizando en torno a algo cuya existencia seguía siendo hipotética, decidí —cosa que nunca hice— que apenas pudiera me haría rapar a cero de manera de encontrar, o no, pero definitivamente, la cicatriz de la cirugía de instalación del chip. Así cavi-lando no tardé en llegar a una zona de pasillos y oficinas. Nadie me prestó más que un pestañeo de su atención. Y sin embargo greñudo y barbudo, en túnica y sandalias, debiera de haberles llamado la atención. Esa indiferencia —pontificó mi chip— es lo peor y lo mejor de las grandes ciudades.

Abriendo la última puerta de un corredor estuve en la calle. Respiré hondo aire más sucio que el de una tolvanera. Me quedé quieto un rato para acostumbrarme al ruido y al vértigo de los vehículos. Era una zona de fábricas y depósitos. Ni un alma a la vista, sólo grandes camiones rugiendo y vomitando humo. Caminé. Empezó a anochecer. El aire se enfriaba rápidamente. Una gran limusina negra de cristales ahumados se detuvo a mi lado. El vidrio de la ventanilla trasera descendió lentamente y apareció la cara sonriente de una rubia —su pelo era del color de las bananas maduras, en realidad un poquito pasadas— maquillada de la manera más llamativa imaginable. Su sonrisa exhibía raciones perfectamente balanceadas de lubricidad, tontería y malicia.

En vez de hablarme me ladró. No estoy hablando en sentido figurado. Me ladró. Guau, guau. Por un momento, naturalmente, pensé que la realidad había basculado definitivamente hacia el delirio. En realidad más que con guau ladraba con raf, como corresponde a una perrita coqueta y un poco histérica. En todo caso lo increíble no fue que me ladrara. Lo increíble fue que comprendí perfectamente lo que me decía ladrándome. ¿A dónde vas tan elegante, guapo? —me decía. Boquéé

como pez fuera del agua pero sólo conseguí expulsar algunas aes. Raf, raf, raf —dijo entonces, o sea: Vení, subí, podemos llevarte —como si mi balbuceo le hubiera facilitado una dirección precisa. Abrió la portezuela y se corrió para dejarme entrar. Había dos enormes asientos enfrentados. Me senté frente a ella. Tenía puesto un vestido rojo realmente diminuto, y tan apretado que de seguro le dejaría las marcas. Su humanidad, pletórica de curvas deliciosas, invitaba antes que nada al manoseo. Imposible no sentirse un poco bestia a su lado.

Raf, raf, raf empezó a parlotear mientras la limusina se deslizaba parsimoniosamente por avenidas y luego por bulevares. La verdad es que sos muy guapo, y la túnica te queda preciosa. ¿Pertenece a alguna secta religiosa? —ladraba, seductora. Una vez más intenté decir algo, pero esta vez sólo me salieron oes. Raf, raf coincidió conmigo no obstante, y agregó: Y con esa voz divina que tenés podrías ser cantante. Y me sonrió con una sonrisita tipo Marylin, o sea, poniendo carita feliz de fumada. Y no dijo mucho más, ni yo le presté atención, porque había crecido entre nosotros una instancia de comunicación que superaba muy largamente cualquier conversación posible. Sucedió lo que no podía dejar de suceder y que vino a confirmarme que mi naturaleza no había sido completamente obliterada: sobre mi vientre la tela de la túnica comenzó a levantarse como si hubiera venido a habitarla algún fantasma, o como si los liliputienses estuviesen levantando allí la carpa de un circo. ¡Todo mi ser, o mejor dicho: lo esencial de mi ser, volvía a su tensión habitual! La potencia corría otra vez impetuosa por mis venas. ¡Raf, raf, raf! (¡Jesús, María y José!) —soltó la pobre, pasmada ante el prodigio incesante. ¿Raf, raf? (¿Qué es esto?) —preguntó entre el temor y la maravilla, como si no estuviera muy segura de si aquello que se erguía en mi vientre no era una serpiente de cascabel. Yo gruñí, aunque no salió más que un carraspeo como para aclarar la garganta.

Raf (No te creo) —ladró ella, y traduciendo mi gruñido como una invitación se inclinó hacia delante y me levantó poco a poco la túnica para comprobar qué era aquello ahí debajo.

No habrá en ningunos ojos más expectativa que la que había en los suyos. Ni siquiera cuando finalmente se abran las puertas de la nave espacial y aparezcan las caripelas de los extraterrestres. Terminó de levantar el velo y ahí estaba mi garrote, en todo su esplendor, como en sus mejores días. ¡Es mi medida, es mi medida! —ladraba ella con lágrimas en los ojos. ¡Raf, raf! Años de terapia para convencerme de que mi medida no existe en este mundo... y ahora... ¡aquí está! Su llanto de júbilo era una especie de aullido lastimero, como el de un caniche al que le pisaron una patita. Pero yo estaba harto de hembras de homúnculo, de poco calado, pero que se ponían como locas frente al portento. Gruñí para pedirle moderación y cordura. Raf, raf, raf ladró, como si fuera a mordirme las pantorrillas. ¿Cordura? —decía desafiante—. Ahora vas a ver si estoy exagerando. Se remangó el vestidito hasta la cintura, se sacó la tanguita y enderezando el garrote acercó la entrepierna. Traté de detener aquello que me parecía un verdadero suicidio de samurai, pero no hubo caso.

Con total facilidad sepultó la cabezota. Después, lentamente, con una sonrisa de absoluto embeleso en los labios se le fue sentando encima hasta que increíblemente, estuve totalmente alojado y sus nalgas quedaron apoyadas sobre mis muslos. ¡Feliz y contenta como una niñita que se desliza por un tobogán! Era tan profunda como el cielo nocturno. Una verdadera delicia. Raf —ladró, derritiéndose. Me llega hasta las tetas —declaró, su ladrar notoriamente dificultado por los estremecimientos que la recorrían de cabo a rabo. En ese momento la limusina se detuvo. Estábamos esperando que se abriera el portón para entrar al jardín de una residencia. Y

bien, sí, era su medida. Su cuerpo de bambola provocadora había sido capaz de bancar la apuesta. No sé por qué, quizá por el agotamiento físico y emocional a que me habían llevado mis peripecias en el mundo de los homúnculos, o quizá por la deliciosa hospitalidad de su vulva, o quizá por el recuerdo de mis nínfulas, pero se me piantó un lagrimón. Raaaaaf —soltó ella también emocionándose: Oh, mi querido, queridito, Mami también está muy emocionada. Seguramente que a vos también te costaba encontrar tu medida. Y siguió aullando quedito mientras me lamía ávidamente el lagrimón.

El automóvil avanzó por un camino de grava hasta que se detuvo nuevamente y se apagó el motor. El chofer, un grandulón con cara de boxeador con mala suerte, abrió la puerta para que descendiéramos. Al vernos acoplados escupió al piso un gargajo que sonó pesado. Nunca vas a ser más que una zorra —masculló como para sí pero perfectamente audible. Difícil resultar discreto con un vozarrón áspero como papel de lija. Eso sí, lo dijo sin énfasis, como resignado, como acostumbrado a las familiaridades indebidas y a las frustraciones. Vaya y avise que ya llegué —dijo muy tranquila, en español claro y distinto, sin mirarlo, en plan perrita perdonavidas, indiferente a la sensibilidad que hería. El tipo obedeció, cerrando la puerta con un golpazo que casi la arranca. Calculé que el boxeador estaba furioso porque veía perdido uno de sus dos laburos, probablemente el más gratificante.

Ella desmontó, pero antes de cubrir el garrote lo estuvo olisqueando. ¡Raf! Qué bien huelen mis juguitos sobre tu piel —ladró, poética. Lamió un poco la cabezota antes de recurrirla con el capote. Apenas bajé del auto se me vinieron encima dos perrazos negros, feroces, enormes, hambrientos. ¡Quietas! —gritó ella y le obedecieron. A mí me ladraba, a los perros les hablaba en correcto español. Estaba claro que sólo

a mí me ladraba. Me gustó, me pareció una deferencia, algo muy delicado de su parte. La integrante femenina del casal se puso a refregar el hocico contra el portento, con tanto entusiasmo que sentí que estaba a un tris de arrancármelo de una dentellada. Eso quisieras ¿eh? ¡fuera de aquí! —dijo Mami riéndose. Va a ser mejor que apacigües un poco a tu maravilla, o yo no respondo de las mías, a ellas también les gusta el hueso grande y con mucha carne.

Hola, querida. Un homúnculo delgado y alto, vestido como para una recepción informal de diplomáticos salió de la casa y se nos acercaba. Sonrisa conservada en finos alcoholes, pincelada de blanco en las sienes, pañuelo de seda al cuello. Mirá qué criatura maravillosa me encontré —chilló ella. ¡Y no me vas a creer! ¡La tiene justo de mi medida! El individuo sacó del bolsillo interior de la chaqueta sus anteojos con montura de carey rojizo, se los puso y me miró como miraría sus deposiciones si le hubieran costado mucho esfuerzo, o le parecieran demasado oscuras, u olorosas. Parece... un cristo —soltó finalmente, aunque por el tono más que “un cristo” pareció decir “un zurullo”. Es un cristo —le aseguró su mariquita, y para demostrar mi carácter sobrenatural levantó mi túnica hasta la cintura. Hecho lo cual y no antes, me dijo: Con permiso, por supuesto. Delicadeza innecesaria si me conociera, ya que no acostumbro esconder nada a una mirada honestamente interesada. ¡Demonios! —soltó el diplomático puesto ante la evidencia. Enhorabuena —concedió después. Por cierto que sí, en muy buena hora —respondió ella muy oronda. Confío que esta maravilla te va a mejorar bastante el humor —dijo él, un tanto agrio. Se veía que habían tenido algún altercado recientemente. Ya lo creo que sí, del mejor humor va a ponerme —respondió ella. Pero antes que nada nuestro cristo tiene que bañarse, comer, beber y descansar seguramente un rato.

Y bien, sí, me bañé, en una bañera grande como una piscina pequeña, y con un agua infamemente tibia que olía como a flores de velorio. Y comí frutas de maravilloso aspecto y sin sabor alguno. Y bebí de un líquido apenas dorado que me dio ganas de reírme primero y ganas de dormir después, cosa que hice en un lecho otra vez demasiado blando, que en vez de descansar me me cansó, provocándome sueños en los que grandes luciérnagas se me acercaban en la noche y sobrevolaban la maravilla rígida de mi vientre contagiándole su luz, tan completamente que en el sueño yo pensaba “es un garrote luminoso”, sueños de que desperté comprobando con alegría que la rigidez había vuelto no por episodio o por calentura, como les sucede a los homúnculos, sino para quedarse, como antes, a perpetuidad, tal y cual y como corresponde a mi verdadera naturaleza.

Me levanté sintiéndome fuerte y ágil como un tigre, y muy dispuesto a pelear en este mundo, el de los homúnculos —ya me parecía que no habría retorno posible a la espesura— por un lugar al sol. La angustia del Tiempo había terminado por tatuarme en el córtex una filosofía que me pareció justa y adecuada: el Pasado —por ejemplo: el laberinto de azares que me había conducido a esta mañana de excelente humor— no tenía ningún sentido, y el Futuro sería lo que yo hiciera de él —o quizá, por más que me esforzara, otro vericuelo huero de sentido. Por consiguiente: que todas mis angustias no valían un cacahuate, y que tenía que tomarme las cosas como vinieran, y con buen ánimo, y con la consigna de pasarla lo mejor posible. Siéndome evidente que sin habla no podía circular razonablemente por el mundo de los homúnculos, estuve un rato frente al espejo tratando de modular alguna letra. A... M... A.. Y luego, como si supiera: AMA. Que sonaba como una orden absurda, dada por un retardado mental, ya que arrasaba largamente cada letra. En fin... era un comienzo. Era el primer fragmento de habla expelido al mundo a través de mis

cuerdas vocales. AMA... A la vez un imperativo y una condición de imperio. Ama y ama. Ama a tu ama. Todo un destino. Me puse la túnica, que me había sido lavada y que olía a perfumes que cada vez encontraba, naturalmente, menos repugnantes. Mis sandalias, por demás estropeadas por un uso al que no estaban destinadas, habían sido reemplazadas por otras parecidas pero evidentemente más resistentes. Sin duda que los diplomáticos estaban dispuestos a respetar lo que imaginaban que eran mis gustos. Linda gente. Una suerte haber dado con ellos. Bajé las alfombradas escaleras con la mejor actitud y dispuesto —como he dicho— a ganarme un lugar al sol.

En realidad en aquel lugar parecía no haber sol. El cielo estaba grisáceo, como el día anterior, aunque ahora irradiaba un resplandor malsano. Mis anfitriones desayunaban en el jardín, en salto de cama y pantuflas. El diplomático bajó el diario que leía al percibir mi presencia. Bajó también sus anteojos de lectura —montura de carey negro— hasta que los detuvo en la punta de su nariz. Comparece el señor Cristo Enhorabuena —anunció irónico. La diplomática consorte, que estaba pintándose las uñas de los pies ¡de color verde botella!, no sin dificultad debido a un significativo temblor en sus manitas, también orientó hacia mí su hocico, carente a esta hora de todo maquillaje. Raf, raf, raf. Al fin te despertaste, te estaba esperando, tenemos que ganar una apuesta. Inútil que me explicara la apuesta que se proponía ganar. Y que iba a ganar, por cierto. ¿Por qué le ladrás? —preguntó el diplomático, más que sorprendido molesto por la privacidad de la que quedaba excluido. No sé, me sale, él me entiende. ¿Y él? ¿no habla? ¿o te ladra también? No, no me ladra, me gruñe y te aseguro que le entiendo de maravillas. Están hechos el uno para el otro. Me pareció el momento indicado para lucir mis adelantos. AMA —articulé, un poco como si tuviera una papa en la boca, aunque dando claramente la

impresión de un infartado del cerebro en notable proceso de recuperación del habla. Raf, raf, raf —exaltó la dama, significando: claro que amo, amo mucho, ya vas a ver cuánto.

Se paró y no sin la gastada gracia que podría poner en el gesto una vedette muy trajinada, inclinándose hacia adelante se apoyó sobre la mesa y, haciendo a un lado el salto de cama, me mostró las nalgas. Redonditas como un corazón, apenas un tantín celulíticas, como por pura coquetería. ¡Raf! Venga, vamos a ganar esa apuesta —me arengó, dándose una sonora cachetada en una de las nalgas, que mostró enseguida la huella roja de sus cinco dedos. Fresquito y descansado como estaba, no necesitaba demasiada arenga para ir en busca de un polvo matinal. Me levanté la túnica, la colgué del garrote como de un gancho y me aproximé al objetivo. Él diplomático dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa. Se cambió los lentes y con las manos en lo profundo de los bolsillos de la bata se dispuso a observar imparcialmente la evolución de los acontecimientos.

Encontré seca la boquita. Para sorpresa de mis anfitriones solté sobre mi mano una monedita blanca. ¡Raf! No, bestia, no acabes todavía —rugió contrariada la diplomática. ¡Qué chanchada! —observó el diplomático. Pero cuando unté la manchita sobre la cabeza del portento para lubricarlo y volví a enfilarlo, el caballero no tuvo más remedio que reconocerme insólitos recursos: Nunca visto —comentó sobriamente. El animalito se deslizó suavemente, como la víbora ratonera se desliza dentro de la madriguera de su presa. Mi ama soltó unos gruñidos melódicos, como los de una perrita a la que la delicia le impide llegar al ladrido. Removió el trasero pidiendo más. Seguí adelante hasta que me hube acomodado todo entero. Entonces la zorra se volvió hacia el flemático observador y le espetó: ¿Ves? ¿ves, incrédulo? ¿contento? Se tocaba los pezones y le decía: Acá, acá lo siento.

¡Raf, raf! —rogó. Dame una buena sacudida, mi amor. Cuando empecé a sacudirla el diplomático no pudo más con las evidencias. Se abrió la bata, extirpó por la portañuela del pijama un gusano notablemente pálido y con muy malas maneras se puso a tironear de él, frenéticamente, cambiando de mano cada poco, y con un gesto de verdadero disgusto deformándole la boca. A punto estuve de decirle que no debiera de tratar tan groseramente a su gusano, pero he venido aprendiendo que el mundo de los homúnculos es imprevisible y me callé la boca. Por lo demás estaba claro que así, a las patadas, estaba consiguiendo despertarlo. Por mi parte y a pedido de parte, le estaba dando a la patrona tandas surtidas de comedidos topetazos que le arrancaban jadeos, gruñidos, ladridos y miradas viciosas por el sobre el hombro que más que a mí dirigía a su flemático consorte, que con un rictus severo, de franco desagrado miraba fijamente nuestro fantástico acople. Lo suyo había alcanzado el esplendor que le era posible alcanzar y la cabecita, que aparecía y desaparecía triturada por el puño, había tomado un color morado más bien oscuro. Sáquela —me ordenó secamente. La saqué, mostrándole entero todo el largo que la diplomática estaba bancando. ¡Qué animal! —escupió entre dientes, fascinado.

Metémela —exigió ella. Consentí y volví al régimen de tope-tazos blandos. Ella bajó la cabeza, la hundió entre sus hombros y gruñó delicadamente su orgasmo. Él no aguantó más y soltó lo suyo, unas delicadas gotitas de rocío que, casi sin vuelo, aterrizaron allí mismo sobre el dorso de su mano. Siguió retorciendo el cogotillo, como quien desangra una gallina. Evidentemente el diplomático no estaba muy satisfecho con el gusanito que le había tocado en suerte. Yo no quise ser menos ni hacer cumplidos, de manera que retirándome completamente solté la batería completa de fuegos artificiales. Litros de lo mío. Manchas blancas por aquí y por allá, cayendo ¡plaf, plaf,

plaf! sobre la mesa del desayuno, sobre el periódico cuidadosamente doblado, sobre una bandejita de plata conteniendo correspondencia sin abrir, sobre el estuche con esmaltes y limas para las uñas de la patrona, sobre todo lo que había a la vista exceptuadas, naturalmente, las personas de mis anfitriones, que miraban aquello como si vieran surgir inesperadamente en su propio jardín la mismísima fuente de Juvencia.

Cuando hube terminado guardé el garrote y quedé, muy orondo, esperando nuevas órdenes. Ella, todavía inclinada sobre la mesa en posición de recibir, miraba el enchastre, incapaz de terminar de creer que veía lo que veía. El, muy digno, por supuesto, se paró, se ató la bata y declaró: Este milagro supera con creces el de la multiplicación de los panes y de los peces. Sospecho que nuestro amigo va a hacer carrera. Y abandonó la escena. Ella se acomodó la ropa. ¡Raf, raf, raf! —cacareaba alegre y satisfecha. Hací lo que quieras, paseá por la casa, el jardín es enorme, pedile a los sirvientes cualquier cosa que puedas querer. Te veo en un rato. Y enfiló hacia la casa. Pero a poco de andado se detuvo y agregó, mostrando un poco los dientes: ¡Raf, raf, raf! No te vayas a trepar al muro perimetral porque está electrificado.

Estuve un rato deambulando por el jardín, que efectivamente era grande. Y horrible. El césped, cuidadosamente recortado, parecía una moquette. Las plantas habían sido amputadas hasta parecer imitaciones de plástico. No había pájaros, pero al pasear por los jardines se iban activando grabaciones de gorjeos: aquí un benteveo, allá un ruisenior, más allá un mirlo macho. Al rato de estar a la intemperie comencé a sentir una especie de escozor en los párpados. Algo jodido había en el aire. Lo mismo que espantaba a los pájaros seguramente. Después apareció la diplomática, muy mimosa, diciéndome que les encantaría que los acompañara a una fiestita que tenían por la noche.

Quise decir que si eso la complacía, iría. Pero no pude más que abrir y cerrar los labios varias veces, como si estuviera degustando una papillita. Como si me hubiera oído perfectamente dijo, encantada: Raf, raf, ya verás cómo nos vamos a divertir. Y atrapó, envuelta en la seda de la túnica, la cabeza del portento dándole cariñosos apretoncitos. ¡Raf! Bestia divina.

El diplomático —que no me saludaba, no me hablaba, no me miraba, como si fuera un animal doméstico o un mueble— no me quiso en su mesa. La diplomática encontró inconveniente que comiera en la mesa del servicio —según ella el cocinero chino era marica y la mucama mexicana era una puta—, de manera que terminé almorzando en mi dormitorio. Me esforcé por comer sus comidas incomibles y por beber sus bebidas imbebibles, y me consolé pensando que llegaría el día en que me acostumbraría a la ausencia de sabores o al sabor a químicos. Después me dejaron dormir una larga siesta. Raf, la vas a necesitar. No me bañé solo, me bañó una señora mayor y entrada en carnes que resoplaba por el esfuerzo y me decía tonterías todo el tiempo, como se hace con los niños y los idiotas para tranquilizarlos. Cuando al desnudarme vio mi emblema dijo, como asustada: Ave María Purísima, sin pecado concebida. ¿No te duele eso, muchacho? ¿Por qué no te hacés una pajita y la ponés a descansar? ¿Querés que yo te la haga? ¿Así, con jaboncito? Y me iba enjabonando despacito desde el culo de cagar hasta el culito del cipote, dándole así de paso una probadita —manual nomás, por cierto— a aquella “maravilla destinada sólo a pepas privilegiadas”, que fue como la definió en su cháchara interminable, agregando: Privilegiadas... y privilegiados, porque como usted sabrá abundan hoy en día los caballeros a los que les gusta someterse a cosas a las que ningún caballero de verdad ni de chiste se sometería. Y así siguiendo.

Ella se puso un vestidito negro superfajado que al menor estirón dejaba ver la aureola de los pezones o los pelos del pubis. Él iba de rigurosa etiqueta, pero tan lujoso en las telas y en los detalles, y tan acicalado, que lo mismo podría ir a presentar sus saludos a la Reina como a cantar en un hotel de Las Vegas. Yo iba así nomás, de túnica y sandalias, pero sobre los hombros me pusieron una capa negra de terciopelo, larga hasta el piso. Ella, aprovechando que yo tenía el pelo mojado me peinó con la raya al medio, cayéndome el pelo, dócil a base de gel, a uno y otro lado casi hasta los hombros. Así, como un cristo. ¡Raf! Estás divino. Y acercando su cara a la mía, mirándose intensamente en mis ojos, dijo: Raf. Te amo. Sos lo más maravilloso que me haya pasado en la vida. Y como si pensara que yo no creía sus palabras se volvió hacia el diplomático y le preguntó: ¿No es cierto que es el amor de mi vida? A lo que su consorte, que estaba encendiendo un cigarrillo, respondió: Por cierto, querida. Cristo es el amor de tu vida.

Al entrar, ocupado como venía, no lo había notado, pero al salir vi que junto al portón había un guardia armado. El viaje duró menos de una hora. Soy capaz de calcular así nomás, en pelo, sin reloj a la vista, el transcurrir de una hora. Como que me concentro en el transcurrir y no me distraigo. No les es posible ese cálculo a los homúnculos. Se engañan con las variaciones en la percepción del transcurrir, con el acelerarse o enlentecerse de la percepción del transcurrir producto de los cambios en sus pensamientos y en sus sensaciones. Yo he cerrado los ojos delante de un reloj y he sentido el lento deslizarse de cinco minutos con un margen de error de no más de cinco segundos. Supongo que estas son habilidades que vienen en el chip y que recién estoy empezando a descubrirlas.

Viajé sentado frente a ellos. Arrebujado en mi capa negra me siento el gran hijo tonto al que a regañadientes llevan al

cumpleaños de la abuela. Papá mira por la ventanilla, abstraída su mente en quién sabe qué asuntos de la mayor importancia. Mami cruza y descruza las piernas, mostrándome la ranura rosada y haciéndome llegar a las narices, pese a todos los odorizantes inmundos, su verdadero perfume de hembra. Abro la capa, remango la túnica y me manoseo el portento. Un hijo tonto, tal y cual. Pero he concitado la atención de ambos. Acuno en la palma de la mano mis depósitos hinchados, repletos nuevamente. AMMMMA —balbucea el hijo tonto. Raf —dice Mami, conmovida. Abre las piernas, se abre la raja, me muestra el canal, de un rosado brillante por la humedad. Raf —insiste, mimosa y se mete un dedo y luego otro. Por favor, por favor —salta el diplomático, no sé si pidiendo que no lo calentemos o exigiendo compostura. Raf —me dice Mami. Después, bichito, ya estamos por llegar. Y esconde el chocho entre las piernas. Obediente, la imito guardando lo mío, con una sonrisa bobona de contento, de oreja a oreja.

La residencia a la que nos dirigimos es un verdadero palacete. Si Mami y Papi son —digamos— condes, nuestros anfitriones de esta noche no bajan de duques. Cuidaba el ingreso un pelotón de gorilas armados con discretas subametralladoras. Uno de ellos introdujo el hocico por la ventanilla y nos olisqueó a todos. Buenas noches —gruñó, expeliendo un repugnante aroma a guiso de mondongo y a tinto terraja, y agregó con una sonrisa babosa: Que se diviertan —como si estuviéramos entrando en un burdel de lujo. Antes de llegar al palacete atravesamos un bosque cuyos aromas me llegaron embriagadores a través de la ventanilla abierta. En el vestíbulo Papi dijo: Nos vemos luego. Y desapareció. Mami entregó su tapado de armiño y quedó con su minimísimo vestidito, que aparte de ser demasiado corto tenía el problema de que tendía a juntársele en la cintura. Mami sobrellevaba el tal atuendo con la dignidad de una profesional. A cada paso que

daba las alfombras aullaban, y no era por los tacos de aguja que les clavaba.

Mami no me sacó la capa. Me puso al cuello un collar de terciopelo negro al que iba unida una cadenita dorada. No me molestó en absoluto la idea de que me llevara de la cadenita como si fuera un oso bailarín o un esclavo. Sé que no soy lo uno ni lo otro y que puedo sobrevolar con espíritu positivo cualquier cosa que me acontezca. Con mano nerviosa, por encima de la capa, Mami tanteó el portento, como si quisiera asegurarse de que se sostenía en su marcial rigidez. Entonces cruzamos el vestíbulo y entramos en la sala. ¡Vaya un público! Pensé que eran flashes de fotógrafos lo que me deslumbraba, pero no. ¡Eran las joyas de sus Delicadísimas Majestades! Nuestra entrada concitó la total atención de aquella compañía de ricachones y levantó un murmullo de expectativa que se fue allanando hasta el silencio a medida que avanzábamos. La concurrencia se hacía a un lado y a otro para dejarnos pasar. Me pareció evidente que esa gente estaba reunida ahí esperándonos. ¡Y qué miradas nos dedicaban! Sus miradas eran un inventario completo de las más turbias pasiones. Malicia, morbo, desconfianza, lujuria, desprecio o, en el mejor de los casos, simple curiosidad malsana. A ver, a ver ¿qué nos traen hoy para divertirnos? Parece un tipo normal, hasta guapo si se quiere, guapo como un cristo. No tiene dos cabezas, ni cola de lagarto, ni patas de dinosaurio ¿qué será lo que tiene de tan maravilloso como para que merezca nuestra atención?

Avanzamos, pues, abriéndose aquel mar de joyas y desprecios a nuestro paso tal y como el Mar Rojo se abriera un día para dejar pasar a los propios de Moisés. Al fondo de la sala nos esperaba nuestro Sinaí: una pequeña tarima —habitualmente ocupada por músicos, seguramente— a la que accedimos por cinco escalones. Nuestro público, expectante, ojos

muy abiertos, se congregó en torno a la tarima. Llegó el momento en que podía oírse si no el vuelo de una mosca, seguramente sí el de una paloma. Daban ganas de gritar para aprovechar el silencio. No hubo discursos ni presentaciones. Mami se paró delante de mí y me sonrió. Una de esas sonrisas buenas que se proponen dar ánimos. Después abrió la capa, colocándola hacia mi espalda por encima de mis hombros. Entonces, haciéndose a un lado con un gesto rápido y elegante, como de asistente de mago, me levantó la túnica y colgó la tela remangada de mi gancho. Hubo exclamaciones de sorpresa de todo tipo, sonrisas viciosas, risas nerviosas, y luego comenzó un largo y cálido aplauso durante el cual Mami cruzó la tarima y volvió con una silla.

Tomándome de la cadenita Mami me atrajo mientras le sonreía al público, como si aquello fuera un vulgar número de variedad. Que lo era. Cuando me tuvo bien cerca me ladró, mimosa: ¡Raf, raf, raf! O sea: Ahora metémela hasta el fondo, mi amor. Los ladridos coquetos de Mami no dejaron de provocar en la distinguida audiencia un acceso de hilaridad. Mami se dio vuelta, se apoyó en el respaldo de la silla y me ofreció la grupa, cubierta a media nalga apenas por el vestidito mientras otra cálida onda de aplausos premiaba la evolución del evento. Solté una monedita blanca en la palma de mi mano ocasionando otro estallido de exclamaciones divertidas en el público. Concentrado en mi parte del asunto unté el primer tramo del portento. Algunas voces femeninas intentaron imitar los ladridos de Mami, arrancando risas y promesas de la audiencia masculina. Alguna gritó: ¡Divino! —con tono de exasperado arrobamiento. Separé las nalgas de Mami y la emboqué. Sin apuro fui sumiéndome en sus profundidades. A medio camino comenzaron las exclamaciones de asombro. El sector joven de la compañía comenzó un aplauso rítmico como el que se ofrece a un atleta para estimular su esfuerzo final.

Cuando ya no quedó más por tramitar, el aplauso se convirtió en una ovación cargada de silbidos de aprobación. Mami, clavada hasta el alma, con las mejillas rojo fuego, a punto de acabar —bien lo sabía yo, que la sentía sudar y temblar, y que sentía cómo sus entrañas me estrujaban el instrumento, ansiosas por recibir el derrame—, tuvo la presencia de ánimo como para sonreírle a la delirada audiencia, y para hacerles el gesto que indicaba claramente que el portento le llegaba hasta las tetas. La compañía recibió su gesto como un verdadero gag. Después Mami bajó la cabeza, la metió entre los hombros y sin alharaca alguna se dejó recorrer por un poderoso estremecimiento. La intensidad de su descarga fue premiada con un sereno aplauso por parte de los conocedores.

Apenas la sostenían las piernas, colgaba del portento como podía colgar de un gancho de carnicería. Me retiré sosteniéndola por la cintura. Los comentarios corrían por la sala como un oleaje creciente. Mami me abrazó. Raf —suspiró. Maravilloso, mi amor. Se deslizó arrodillándose a mis pies. Su boca no era profunda. Se la llenó cuanto pudo y se puso a martillar la punta con el fondo de su garganta. Me miró con ojos implorantes. Quería la mancha blanca. La presión del disparo fue tan fuerte que la hizo retroceder soltando la presa. El chorro entonces le dio en la cara. Para evitarlo giré el cuerpo, pero en la dirección equivocada, y el chorro voló hacia los espectadores más cercanos, que a su vez retrocedieron empujando a los demás. ¡Qué confusión! Chillidos, maldiciones y risotadas. Terminé con el desastre forzando al animalito a bajar el testuz, acabando de expulsar la mancha sobre el linóleo que cubría la tarima. No sé si fue una Gran Mancha Blanca, pero fue una de las manchas más escandalosas y divertidas que me hayan ocurrido.

La selectísima compañía me premió con un largo y cálido aplauso. Mami, recuperada, se puso de pie y, muy coqueta, se

bajó unos centímetros el vestidito. Después me bajó la túnica y cerró la capa. Toda la concurrencia comentaba de viva voz el evento. Evidentemente se trataba de un club privado, muy exclusivo, que organizaba jornadas de erotismo... exótico... exhibicionista... y extremo... calculé observando la bandera que colgaba sobre la tarima en cuyo centro había un cubo formado por cuatro E, colocadas en parejas espalda con espalda.

Un nuevo aplauso rítmico nos acompañó mientras bajábamos de la tarima —con Mami llevándome de la cadenita. Al pie de la escalinata Mami se detuvo y sacó de un bolsillo del vestido una bolsita de terciopelo negro. La abrió y continuamos avanzando mientras la ofrecía a diestra y siniestra. Estábamos sí, pasando el sombrero, como cualquier artista callejero, pero ¡frente a qué audiencia! En lugar de apartarse se arremolinaban alrededor de nosotros. Y sí, transformándose en un pasamanos viviente, había manos delicadas o torpes, femeninas o masculinas, incrédulas o ávidas que tanteaban al portento por encima de la capa —no más que un instante, porque muchas otras querían su instante, como si aquello fuera la orilla de la túnica del Mesías, cuyo simple contacto asegura la vida eterna—, también había manos que voluntariamente desprendían, desabrochaban, deslizaban sobre su piel joyas que iban a parar a la bolsita de mami, junto con cheques firmados bajo varios ceros, y alguno que otro grosero fajito de efectivo.

Mami repetía una y otra vez, a un lado y a otro: Gracias, gracias, es para obras de beneficencia. Si así fuera, con lo que había en su bolsita iba a hacer felices por un día a muchos pobres. Así íbamos cruzando la sala lenta y provechosamente hasta que topamos con una dama añosa que, fumando de su larga boquilla, nos esperaba cerrándonos el paso. O era la dueña de casa, o era la dueña del mundo, o era alguien de mucho poder y respeto, porque el jolgorio y la excitación se

fueron aplacando a medida que los entusiastas iban comprendiendo que una instancia diferente se abría con aquel bloqueo de nuestra ruta de salida. ¿Por qué te vas tan rápido, querida? ¿Tienen otra presentación? —preguntó con el tono que reservaba para sus servidores. ¿Cómo? —me pregunté. ¿Entonces Mami La Diplomática es una especie de empresa? ¿Maneja variedades itinerantes? ¿Hace la noche con números especiales? Esperamos haberte complacido —respondió Mami muy fresca. Me dicen que tu pupilo está en condiciones de seguir complaciéndonos. Te aseguro que es un dechado de actitud y de aptitudes. ¿Entonces por qué no lo dejás disfrutar un rato más de la fiesta? Un murmullo de aprobación se levantó del coro de entusiastas, que seguía atentamente la conversación. Mami me miró. En sus ojos vi una punta de rabia, pero también impotencia. ¿Estaba siendo amenazada? ¿Aquella era una propuesta a la que no podía negarse? Recordé la pandilla de pistoleros en el portón de la residencia. ¿O la cosa no era tan grave y nomás temió por su bolsita repleta? ¿Me vendió por treinta monedas de oro? Se acercó a mí y me hizo unos gruñidos melódicos cerca del oído: Apenas amanezca vengo a buscarte. Después se dio vuelta y puso la cadenita dorada en manos de la dueña del mundo. Le dijo: Come fruta y toma agua —con un tono que a duras penas ocultaba la impotencia y el despecho.

Saludó su salida un parloteo general y entusiasmado. Estaba en manos de aquella numerosa compañía de perversos. ¿Qué iba a ser de mí? Sentía como si fueran a lanzarse sobre mí para destrozarme a dentelladas. Muy bien, señores y señoras —graznó la dueña reduciendo a silencio el clamoreo. Relajo pero con orden —dijo entonces. Todos los que quieran participar acerquen sus tarjetas personales... o anoten sus nombres en cualquier papel... y lo ponen dentro de ese florero... previo vaciarlo y secarlo, por supuesto. Había tal

excitación en la concurrencia que el chiste bobo arrancó una gran carcajada. Sirvientes de librea me acercaron una silla y una bandeja de plata con dos grandes duraznos —más insípidos que un trapo— y un vaso de agua —con sabor a plástico. Comí y bebí observando el apuro con que gran parte del público cumplía las instrucciones de la dueña, que había dejado en manos de un sirviente la cadenita dorada, como si fuera ese accesorio más bien simbólico el que me impidiera huir del lugar. Sólo cinco van a ser sorteados —aclaró la voz cantante. Un murmullo de protesta se insinuó. Por lo menos diez —propuso alguien. Tengan por seguro que nuestro guapo invitado no es un cyborg —aclaró la dueña, y agregó, equivocándose: Es sólo un ser humano.

Abucheos y aplausos acompañaron la lectura de los nombres de los favorecidos —cuatro damas y un caballero. Bien, comenzamos, señores —graznó finalmente la dueña, acallando los comentarios. La compañía había ido tomando asiento en las sillas que los sirvientes acercaban, disponiéndolas en torno a un espléndido diván Imperio tapizado en cuero verde oscuro. A una señal de la dueña, un sirviente, tirando de la cadenita, me indicó que era el momento de acercarme. Olivia, tú eres la primera —dijo la dueña. Se me permitirá que, en mi condición de Presidenta pro-témpore, actúe como maestra de ceremonias —expresó la dueña, muy formal. Y como moderadora de los encuentros. Al fin y al cabo nunca habrá sido tan necesario como en este caso un poco de moderación —agregó levantando risas y un breve aplauso de la concurrencia.

Olivia era alta y huesuda, de mediana edad, con una horrible boca sin labios. Está claro que en aquel club, secta, o lo que fuera, campeaba el desprejuicio. Olivia no se molestó en pedir un biombo para desnudar su poco agraciada humanidad. En un santiamén se sacó de encima sus carísimos atuen-

dos dejándolos caer al piso antes de que los atentos sirvientes pudieran tomarlos de sus manos. Con desagrado comprobé que tenía pelado el pubis. No parecía una prepúber ni una coqueta sino alguien a quien han preparado para el quirófano. ¿Cómo lo vas a querer, Olivia? —preguntó la dueña como si hablaran de un bife a la plancha. Con dulzura, por supuesto —respondió Olivia levantando risitas y cuchicheos en la audiencia. Te pregunto cómo querés que te la meta, zorra —aclaró la dueña. En cuatro —respondió Olivia secamente, y agregó: Y que no me ponga las manos encima, que igual no hay de dónde agarrarse. Más risas y cuchicheos. Adelante entonces —ordenó la dueña del circo. Se puso Olivia en cuatro sobre el diván. Su entrepierna pelada mostraba, como su rostro, un tajo sin labios.

La patrona me sacó la capa y luego me sacó la túnica. Un sirviente me sacó las sandalias. Sólo me dejaron puesto el collar con la cadenita. Mi desnudez, y sobre todo la reaparición de mi insobornable rigidez, levantaron un gran murmullo de admiración. Una anciana, temblándole visiblemente la mano con que sostenía sus gafas de manguillo, declaró: ¡Espléndido animal! Llevándome de la cadenita la dueña me acercó al diván, como quien lleva al potro a servir a la yegua. Con mano experta bajó la cabeza del cipote y hurgó con la punta en el tajo, para abrirlo primero y para dar con el canal después. Despacio —advirtió la cuadrúpeda, nerviosa. Tomándome de los huesos de sus caderas introduje varios centímetros y me detuve. Un poco más —pidió Olivia. Procedí, pero de inmediato la sorteada exclamó: Hasta ahí, no va más. Era cierto. Ya había topado con su fondo. Poca agua para navegar. El huesudo esperpento era largo, pero no profundo. Apto sólo para navegación de cabotaje. La moderadora entonces ató una cinta blanca al garrote para indicarme hasta dónde podía aventurarme. Sexo seguro. Regulaba

mi terrible pieza como si fuera una máquina de precisión. No sin malicia la patrona entonces me hizo desmontar, para que la concurrencia pudiera apreciar claramente cuántos centímetros calzaba Olivia. Olita de murmullos maliciosos.

Empecé la faena. Mete y saca. Cada vez más rápido sin jamás cruzar la línea. La punta del portento llegaba a lamer las puertas del útero y retrocedía. La velocidad y la precisión arrancaron un aplauso apreciativo de la compañía. Hay que decirlo, aquello no era un público cualquiera, era un público de conocedores. Pensé que bien trabajada a Olivia le sobrevendría rápidamente el colapso, pero no fue así. De su cuerpo manaron litros de sudor, que goteaban y chorreaban sobre el cuero del diván desde su barbilla, a lo largo de sus brazos y sus piernas y desde la punta de sus pezones. Escondió la cabeza entre los hombros buscando privacidad, un poco a la manera de los avestruces. Sentí cómo su cuerpo se endurecía en el esfuerzo por alcanzar el punto de ignición. Vibraba como la carrocería de un bólido que ha alcanzado su máxima velocidad. Traté de ayudarla a romper la barrera acelerando lo mío. Alguien gritó: ¡Vamos, Olivia, tú puedes! Pero sólo unos pocos rieron, la terrible tensión de la sorteada se había contagiado a la audiencia. Y entonces, de pronto ¡paf! Como si la hubieran desconectado, toda la tensión desapareció instantáneamente de su cuerpo. Esa especie de apagón era su orgasmo. Completamente relajada, quedó jadeando. Menos mal, pensé, porque íbamos directo al colapso por deshidratación. Hubo un aplauso, más de alivio que de premio.

Retiré la pieza. Nada de eso —protestó Olivia girando la cabeza para mirarme por sobre el hombro. Seguí adelante, hasta que acabes. Querida —explicó la dueña pacientemente, como para calmar a alguien que estuviera fuera de sus cables—, como ya dije nuestro amigo no es un cyborg. Si fuera a

agotarse en cada partido este campeonato se extendería durante un plazo insoportable para todos. En realidad a mí, por el contrario, me pareció perfectamente razonable que cada uno de ellos fuera a exigir su money shot, y, por supuesto, contaba con reservas como para servirle su ración a cada uno. De manera que, sin pedir permiso, descapoté y apenas con apretar las nalgas lancé sobre las suyas una bonita mancha blanca, cosa que despertó en la concurrencia una verdadera algarabía. Olivia, no sin sentido del humor se puso entonces de pie y con las nalgas chorreando hizo reverencias a la audiencia agradeciendo los aplausos, que arreciaron. Después recogió de manos de un sirviente su ropa y abandonó la escena.

De inmediato tres sirvientes se acercaron. Uno traía una bacínica y una toalla y me liberó de las humedades de Olivia, cosa que agradecí porque olían a rancio. El otro, con una jarra y una copa me ofreció agua. El tercero secó rápidamente el cuero del diván. Por favor, el segundo sorteado... Caballero Leopoldo, por aquí, por favor —llamó la dueña. Un murmullo, demasiado susurrado como para no ser malicioso, acompañó al Caballero en su marcha vacilante hacia el diván. Era un anciano de aspecto venerable y frágil. Sus ojos, de un celeste blanquecino, sus rasgos afilados y su piel, de tan delicada transparente, al punto de evidenciar el azul de sus venas, le daban un aire entre aristocrático y fantasmal. ¿Qué podría querer conmigo semejante personaje? Daba toda la impresión de que un mero empujoncito —no digamos una emoción muy intensa— le podría resultar fatal.

Querido Leopoldo... —dijo la dueña saliendo a recibirlo, como si temiera que no llegara a la zona de premiación. Lo suyo, Caballero —le dijo muy formal la Presidenta, y un coro de risitas apagadas premió su malicia—, demuestra una extraordinaria presencia de ánimo y un amor incondicional a

las pasiones que nos congregan. Pero no vengo en busca de sacudones, querida —aclaró el vejete, levantando un poco la voz para ser oído todo en derredor. No quiero terminar esta maravillosa velada camino de la funeraria. Risas y aplausos aprobaron su sensatez. Sólo quise conocer de cerca un ejemplar único, para rendirle el homenaje que se merece —agregó, aflorándole en los labios resecos una sonrisa de cortésana deferencia.

El Caballero Leopoldo le habló entonces a la dueña al oído. En realidad yo puedo oír deslizarse a una culebra sobre la hierba, pero lo que estos dos viciosos tuvieran para cuchichearse me importaba tan poco que no les presté atención. La maestra de ceremonias dio órdenes en voz baja a un sirviente y luego, acercándose, me pidió que me sentara en el diván, con los pies en el piso. El sirviente regresó con una especie de butaquita muy baja, como para un niño chico. Sólo cuando la puso entre mis pies comprendí que se trataba de un reclinatorio. Sobre él apoyarían sus ilustres rodillas el duque o la duquesa en sus momentos de diálogo con la divinidad. El vejete, muy ayudado por la dueña, gracias a aquel oportuno detalle de mobiliario pudo arrodillarse entre mis piernas sin sufrimiento para sus delicadas rodillas. En buena hora, Caballero —pensé— pero hágamoslo rápido, porque tus rodillas no aguantan mucho rato ni siquiera las dulzuras de este adminículo.

El vejete sólo tenía ojos para mi garrote. Creo que en ningún momento su mirada trepó más allá de mi cintura. En caso extremo podría aducir, sin mentir, que no me conocía. Recibió en sus manos temblorosas el portento como si estuviera recibiendo el Sagrado Húmero, y de sus ojos, acuosos de color pero resecos, como por milagro brotaron dos lágrimas que descendieron por la aridez de sus mejillas. Qué maravilla —balbuceó, ahogado por la emoción. Haber vivido para llegar

a tener en mis manos semejante maravilla —suspiró, en pleno alivio metafísico. Hablaba tan bajo que no lo oíamos más que yo y la conductora del programa. Más fuerte, que hable más fuerte —pidió desde la fonoplatea alguien que se sentía con derecho a dar testimonio de aquellas intimididades. De pronto la crisis emocional del vejete pareció profundizarse. Me arrepiento —dijo, forzando un poco la voz para hacerse oír—, me arrepiento de haber adorado a tantos dioses menores y de no haber tenido paciencia para esperar al Rey de Reyes. Entonces, con dedos ya torpes, y temblorosos, y quebradizos me descapotó. Su expresión era la de aquel a quien por única vez en su vida se le permite abrir el Sancta Sanctorum.

Se inclinó hacia delante, lentamente, como si temiera perder la estabilidad, y apoyó los labios resecos sobre el frenillo, justo ahí donde se separan los dos hemisferios de la bellota. Frunció los labios aplicando un beso emocionado. Respiraba con dificultad, como al borde del patatús. La compañía seguía con un silencio emocionado la maniobra del anciano. Sacó la punta de la lengua entre sus dientes con la intención de lamer, pero era evidente por la tensión de su cuello que todo lo que iba a conseguir era un buen calambre. Tuve piedad. Por sus propios medios no iba a poder ir mucho más allá en el disfrute de la ocasión. De manera que cubrí la bellota con el capote y haciendo pinza con dos dedos para mantener cerrado el capote solté una monedita. Descapoté entonces otra vez —magia: ahora no está, ahora está—, y la limosna goteó lentamente a lo largo de la bellota como gotea un helado que se derrite. Preso de temblorosa ansiedad el Caballero se inclinó nuevamente, y sacando cuanto pudo una lengua áspera y afilada como la de un gato, recogió lo que pudo del divino licor guardándolo de inmediato dentro de su boca. Un aplauso premió mi piedad y su trabajosa pirueta lingual.

Hecho lo cual tendió una mano hacia la duquesa para que lo ayudara a pararse, cosa que logró no sin zozobras. La Duquesa lo acompañó unos pasos en el regreso a su lugar en medio del silencio respetuoso de la compañía. Luego lo dejó seguir sólo. El Caballero guardaba una actitud de profunda reverencia, como si acabara de recibir la hostia. Señores, este es un momento especial, un momento para recordar —dijo la Presidenta con voz conmovida por un legítimo orgullo—. Les pido un aplauso para el ideólogo, fundador y decano de nuestra cofradía, el Caballero Leopoldo —y aplaudió dando el ejemplo, siendo de inmediato secundada por la concurrencia. El aplauso fue cálido y generoso. ¡Avanti con la lingual —exclamó una voz masculina y cascada, como si fuera el lema de una cofradía de viejos bufarrones. El caballero llegó a su silla y quedó en actitud de total recogimiento espiritual, propio del haber recibido, en estado líquido, el Cuerpo que se le antojaba nada menos que Milagroso.

Volvieron los sirvientes a cumplir con sus tareas de asistencia e higiene. Muy divertido con todo aquello, me sentía como el boxeador al que al final de cada round hidratan, secan las heridas y vuelven a lubricarle la piel. No fue necesario convocar a la tercera sorteada. Era un marimacho, muy robusta, puro culo y tetas, que llevaba dibujado en el rostro un gesto de avidez verdaderamente feroz. Tercer sorteado —anunció de todas maneras la dueña, por puro sentido del protocolo—, la Princesa Casamassina. Y agregó: Que como es natural y habitual en ella, no quiere perder ni un solo segundo. Ni un solo centímetro querrás decir, querida. Y conmigo podés descansar de tus servicios de alcahueta. Yo me sirvo sola. Y luego, dirigiéndose a mí: A ver, bestia bruta, recostate en el diván.

La Princesa se despojó con imprevisible facilidad del vestido flojo que llevaba. Debajo estaba desnuda. Sus portentos

se sostenían sólidamente. Su cintura era sorprendentemente escueta, comparativamente. Sus muslos eran un monumento a la celulitis. Las aureolas de sus pezones tenían el tamaño del platos de postre. La compañía cuchicheaba, no faltaban las risitas acompañadas seguramente de apuestas acerca del resultado del combate. La dama Casamassina saltó sobre el diván —muy pero muy ágil para su envergadura—, y al abrirse de piernas para montar sobre mi cuerpo soltó una ventosidad de carácter verdaderamente autoritario. El desborde causó un rugido de hilaridad, a la que la titular no prestó ni la más mínima atención. Con la punta del garrote buscó el camino entre sus hirsutas abundancias, y cuando lo encontró se dejó caer encima, sepultando buena parte del largo antes de topar con pared y gruñir igual que un cerdo que acaba de adivinar lo que le espera. ¡Por Tutatis! —soltó no sin humor—. ¡Vaya una pieza! Sin duda que, quizá por miopía, había subvalorado las dimensiones de mi portento.

De inmediato se concentró en la tarea. Sus músculos estaban perfectamente en forma, al menos para el ejercicio en el que estaba empeñada. Su enorme culo subía y bajaba a lo largo del garrote como si no le pesara nada. Su poderosa delantera se bamboleaba frente a mis narices con tanto ímpetu que un poco hice la cara a un lado para no ser accidentalmente noqueado. Y no padecía de dificultad alguna para el disfrute. No tardó en darse una pausa, soltando unos suspiros muy profundos, con las mejillas rojas como tomates, aunque de inmediato retomó la marcha con inalterada gallardía. La explosión infernal de brío de la Casamassina había ido causando un gran jolgorio en la compañía. La amazona no tenía la menor consideración ni para con la singularidad de mi instrumento ni para con la delicadeza de sus entrañas.

Cuando alcanzó la segunda pausa el público rugió aplaudiendo su bravura e instándola a ir por más. Mi temor era que,

o bien me produjera un esguince o terminara desgarrándose por dentro. Al retomar el esfuerzo gruñó entre dientes: Haceme cosas en las tetas. Obedecí —qué más remedio, de negarme quizá me las hubiera puesto encima de la cara, asfixiándome por desobediente. Pero mis apretones y pellizcos no le alcanzaban, decidida como estaba a clavar la tercera banderilla. Exigió que la mordiera. La mordí como puede morder las tetas un caballero. ¡Más! —bramó, y la mordí a fondo, a punto de sangrarla. Arreció entonces el galope, con tal saña, como no había conocido yo jamás en mi vida. Y explotó. Y exploté. Y ahora sí frunció la jeta y soltó un aullido de agonía. Por miedo a que se quedara atascada allá en las alturas le mordí un pezón hasta casi arrancárselo, y me dejé ir a chorros, descontrolado, saqueado. Su estertor fue tan terrible y tan interminable que dejó a toda la compañía muda y con la boca abierta. Yo quedé como sonámbulo, verdaderamente al borde del nocaut.

Al regresar de su momentánea demencia la Princesa se miró las tetas, devastadas por mis mordidas. ¡Hijo de tu puta madre! —gruñó—. ¡Qué va a decir mi marido cuando me vea! Y me soltó una cachetada que me hizo ver las estrellas y puso a temblar las raíces de todas mis muelas. Una carcajada general acompañó el castigo. Compórtese, Princesa —exigió la Presidenta. Cállese, lechuguina —escupió la amazona. El exabrupto renovó la carcajada y hasta la Presidenta se lo tuvo que tomar con humor. Cuando la Princesa desmontó se vio que mi portento seguía soltando manchas blancas. Hubo una gran exclamación de sorpresa, como cuando comienzan los fuegos artificiales, y un gran aplauso para premiar mi exuberancia, pero la principal beneficiaria se limitó a soltarme una tanda de calificativos: ¡Bestia repugnante! ¡Inmundo! ¡Asqueroso! Y agregó: ¡Traigan una toalla! cuando se dio cuenta de que la leña chorreaba a lo largo de sus muslos y hasta sus poderosos tobillos.

Se juzgó apropiado concederme un descanso, aunque a la vista estaba que mi rigidez no había disminuido en absoluto. Más bien como que la cofradía no soportaba tantas emociones sin saladitos, copas doradas y burbujeantes, y alguna rayita, que los sirvientes ofrecían en bandejitas de plata. Me higienizaron, me hidrataron y, arropado en mi túnica, me condujeron a un sillón apartado del público. Me sentía a la vez agotado y lúcido. La brillante compañía masticaba, esnifaba y empinaba el codo sin prestarme la más mínima atención. Los retazos de conversaciones que me llegaban hablaban de viajes y de exclusividades, de derbies y de fortunas mal habidas, de bodas y de divorcios de conveniencia y de pasión. C... A... M... A... —dije, sin que nadie me oyera, y me di cuenta de que abría demasiado la boca y sostenía demasiado el sonido al hacer las aes. Lo repetí, corrigiendo. CAMMMA. Así estaba casi bien. Quizá la M ahora me había quedado demasiado larga. CAMA. Finalmente. Así. Poco a poco podría llegar a poner el flujo de palabras fuera de mí. Hablaría. Y entonces de este palabrar incesante podrían ocuparse los demás, y yo podría volver a estar a solas conmigo, como antes, sin memoria y sin palabras.

Me hubiera echado una buena siesta. Cuando en puntas de pies estaba cruzando el umbral del sueño la patrona me devolvió a la realidad batiendo palmas y dominando con su voz el murmullo de la concurrencia: Señores, se recomienza la sesión. La señora Honorata Santone es el cuarto sorteado. Poco a poco la compañía volvía a ocupar sus lugares en torno al diván. Había claros en la concurrencia. Algunos se habían hartado de la novedad, mis hazañas los habían aburrido y habían partido decididos a consumir las propias. En hora buena. También yo estaba un poco cansado del circo por más que me hubiera divertido. Hubiera imaginado que con un nombre tan sonoro y significativo, la cuarta sorteada sería un personaje de alguna manera imponente, y que sería, aunque sólo fuera en el gesto,

un verdadero bastión de la virtud. Resultó ser una hembrita menuda, especie de ratoncito nervioso escondido detrás de unas gafas de gran aumento. Algo en su evidente incomodidad con su cuerpo, con el moverse, con el espacio, con su actitud defensiva y avergonzada, denunciaba en ella arraigados vicios solitarios. La lectura, probablemente. ¿Qué podía semejante personita querer con un supermacho como yo?

La compañía cuchicheaba bajito y menudeaban las sonrisas torcidas. Bien, querida ¿qué podemos hacer por ti? —preguntó la Presidenta con ensordinado sarcasmo, fingiendo una actitud relamida y servicial. Lauchita se volvió hacia mí y murmuró algo completamente incomprensible. No entendimos, querida, repítelo —pidió la Presidenta, muy dispuesta a jugar al gato con la ratoncita. Pero en vez de repetirlo Lauchita puso a sus manos a luchar la una contra la otra y se puso colorada, no sólo la cara, también el cuello y la parte visible de su pecho. Como si fuera a estallar en llamas. ¿Qué demonios pudo haber dicho? me pregunté. Lauchita se acercó entonces a la dueña y le habló al oído. La dueña reaccionó de inmediato y con estruendo. ¡Ah, no! ¡De ninguna manera! ¡No en mi casa! Hubo un gran silencio en la sala después del estallido operático, con la compañía abriendo ojos como platos, preguntándose lo mismo que yo, mientras el rostro de Lauchita se descomponía hasta que las lágrimas rodaron por sus mejillas. La Presidenta era la imagen misma de la condena sin atenuantes. Entonces Lauchita corrió hacia la puerta de salida de la sala y desapareció.

Serena y autoritaria la patrona se dirigió a la compañía: Ni honesta ni santa —dijo, lapidaria. Muchos de ustedes conocen las manías de la señorita Santone y estoy segura de que aprueban mi decisión de impedirle la realización aquí, frente a nosotros, de sus designios. Vamos, querida amiga, no exagere,

cuéntenos qué quería Santone —pidió un caballero en la primera fila. Me extraña su pedido, señor Alcalde, seguramente que usted no querrá exponer sus decisiones al consenso tumultuario cuando le toque la presidencia —protestó, severa, la Presidenta. Hubo un murmullo de aprobación para sus palabras. Pasamos al quinto y último sorteado... —continuó la Presidenta, inapelable— ...que en realidad es una pareja: el señor y la señora Perrone. Recibieron un espontáneo aplauso de simpatía los convocados cuando, jóvenes, bellos y frescos saltaron de la mano, animosos, a la palestra. Eran sin duda favoritos de la compañía. La patrona los recibió estrechándoles las manos y besándoles las mejillas, como si se hubieran ganado un viaje a la Isla de la Fantasía. Por cierto que en el sorteo no había ninguna regla que excluyera la participación en pareja —aclaró la conductora del programa, y preguntó a la audiencia: ¿Alguien tiene alguna objeción? ¡Nooooo! —respondió la audiencia a coro. La parejita agradeció con una graciosa reverencia.

De pronto mi chip dijo —y mi aparato fonador moduló perfectamente: LOT. Así, claramente: L-O-T. Todos se volvieron hacia mí, hasta los sirvientes, y se quedaron esperando que dijera algo más, muchos con expresión de azoro en sus rostros. De pronto yo dejaba de ser un muñeco y quizá resultaría ser una persona. Pero, por supuesto, yo no dije nada más. Quizá nuestro cristo nos quiera iluminar con alguna cita bíblica —preguntó la Presidenta reponiéndose de la sorpresa. Hubo sonrisas. O tal vez se le escapó un ruidito, tal y como se le escapó a la princesa Casamassina, sólo que por otra vía —sugirió, cosechando risas y expresiones de alivio. Lo mío, pues, sólo había sido un ruidito. Que siga la fiesta. No te impacientes, querido —me dijo la patrona—, enseguida estamos contigo. Yo no tenía ni la menor idea de por qué el chip había emitido LOT, pero dudaba que tuviera relación con la Biblia. En realidad ni siquiera sabía si el LOT se había

originado en el chip, quizá venía de más allá del chip, quizá el LOT provenía de esa zona auténtica, mía, que tanto deseaba recuperar y que pugnaba por expresarse. En ese caso ¿qué querría decir con LOT?

Bien, queridos ¿van a necesitar mi asistencia? —preguntó la maestra de ceremonias dirigiéndose a los premiados. ¡Para nada! —soltó, chispeante, llena de espíritu, la señora Perrone. ¡Estamos prontos! Adelante, entonces —los animó la patrona y, señalándome, se hizo a un lado. Un cordial aplauso acompañó el momento para darle ánimos a los participantes. La Perrone era una bella joven, esbelta y armoniosa por donde se la mirara. Perrone era un muchacho alto, fuerte y de mirada increíblemente franca, el tipo de sujeto al que uno le confiaría su más preciado tesoro con total confianza. Dios me libre de este par de sabandijas —pensé sin motivo alguno argumentable. ¡Qué elegancia para desvestirse! Uno quedaba con la impresión de que la misma serena y elegante economía de movimientos empleaban cuando estaban solos en su vestidor o en su dormitorio. Nada que ver con la apresurada torpeza o con el desprecio hacia la propia humanidad de mis anteriores partenaires. No sólo para los strippers —ni sólo a su manera— desvestirse puede ser un arte.

Helos ahí, puros y dignos en su desnudez. Pensé que saludarían graciosamente a la compañía para recibir la apreciación que se merecían, en cambio giraron hacia mí ofreciéndome sus sonrisas de niños pícaros a punto de embarcarse en una nueva travesura. Los sirvientes habían vuelto a desnudarme y los esperaba sentado en el diván. Se me acercaron tomados de la mano. ¿Qué hacían en este meeting de pervertidos estas adorables criaturas? ¿Por qué no estaban ocupándose de las cosas a las que naturalmente las destinaban su presencia y su talante? Preguntas ociosas si las hay, y al santo botón cuando

se está cara a cara con las evidencias. Se arrodillaron uno a cada lado de mi cuerpo y se disputaron amorosamente el cetro. Ganó él. Me descapotó y se llenó la boca con la punta del cipote. ¡Y qué boca sabia la suya! ¡Qué manejo de los labios, de la lengua, de los dientes! A pesar de que la Casamassina había dejado mis existencias en punto crítico, a punto estuve de adelantarle a Perrone una parte de su premio. Ella, dulcísima en sus mimos, se ocupaba del otro extremo del portento. Con la frescura y la delicada ondulación de un alga en un alegre arroyuelo, su boca experta estimulaba a mis depósitos, invitándolos a renovar sus alicaídas existencias.

Sé cuándo el portento está realmente a gusto, cuándo no es la rigidez por la rigidez misma, sino el deseo de presentar el mejor aspecto para dar servicio. Llegó el momento del cambio de guardia, pero después de que me abandonó la boca de él y antes de que la boca de ella me recibiera, en passant, tuvieron un instante para que sus bocas se unieran en un beso, expresión del más puro sentimiento. El detalle despertó un murmullo de encanto en la compañía. Son divinos —dijo alguien. Lo eran, realmente. La boca de ella me sorprendió. Su técnica, sus tics, sus picardías, sus ritmos, sus énfasis, su timing para emplear todos los recursos imaginables, eran los de una consumada feladora, los de alguien con toneladas de experiencia. Él en realidad no era muy bueno en la zona de las reservas. Presionaba un poco de más, rozaba con los dientes un poco de más. Despertaba innecesariamente el arcaico temor a la dentellada. Le acaricié el pelo a uno y luego al otro. Sabandijas voluptuosas. Me sentí transportado por una ola de ternura hacia ellos. Y creo que ese sentimiento la concurrencia lo notó. Alguien de la compañía, sin poder contenerse, dictaminó: ¡Magnífico cuadro! Hubo aplausos generosos y alguien, por mor de precisión en la apreciación, agregó: ¡Parece verdaderamente un cristo!

Entonces Perrone se alejó un poco y así como estaba, arrodillado junto al diván, se dio una palmadita en una nalga invitándome. Fue un gesto imperiosamente cariñoso, como el que se le hace a un caniche faldero. Verdaderamente estábamos como en familia. Desatinada criatura —me dieron ganas de decirle—, no quieras más que lo que puedes. Porque era evidente que por muy trabajado que tuviera el ojal, iba a desgarrárselo, y nada más fuera de mi ánimo que hacer sufrir a aquellos seres adorables. Vení —le insistió, con otra palmadita, al caniche renuente. Y bueno... en fin... para algo estamos las bestias. Me arrodillé a sus espaldas. Tanteando el camino comprobé que el muy sabandija tenía el ojal abundantemente lubricado —lo cual no hacía menos riesgosa la maniobra. La señora Perrone, en tanto, se había sentado en el diván, con las piernas bien abiertas, de manera de ofrecer a los homenajes del mártir, el frontis de su templete. ¡Bella figura de estampita dieciochesca, que nos apresuramos a condimentar con hechos!

Hubo un primer tramo sin inconvenientes. Hasta pensé que quizá él era muy profundo. Ella amenizaba la faena con la melopea de su deleite. Cuando llegué a la parte estrecha me detuve. Así estábamos como en equilibrio. Cada uno recibía una tajada razonable en el reparto de placer. Hubiera estado perfecto no seguir adelante. Pero no era esa la idea. Ellos querían sangre. Dame más —exigió Perrone, ofuscado por las cautelas de la bestia. Pero ¿cuánto más quería? Tenía incorporada media asta. Profundicé y gritó. No sin razón, porque la sensación que yo mismo tuve fue que para avanzar lo había desgarrado. Un murmullo nervioso —¡su héroe estaba en peligro!— se levantó en la compañía, que hasta aquí había seguido en respetuoso silencio la evolución del cuadro. Abandonada la faena por el sufriente, con un solo dedo la Perrone mantenía en alto la cresta de su ola. Gozaba de

manera evidente con el empalamiento de su cónyuge. Especialmente cuando llevé el empalamiento hasta el final. Sólo cuando vio que Perrone había conseguido controlar su dolor le ofreció otra vez la punta de su pubis, delicadamente, como quien ofrece a un niño la teta. Ya está, ya pasó —le decía amorosamente. Perrone lamía despacito, de abajo a arriba, con todo el ancho de la lengua.

Rasgado por rasgado, decidí darme un poco de gusto antes de soltar lo que quedara de mis reservas. Mis topetazos aceleraron sus lamidas y no tardó la señora Perrone en despeñarse en una seguidilla de orgasmos deliciosamente envueltos en su cristalina melopea. Aquello me pareció un final digno de mis deliciosos partenaires y apretando el culo en grande solté todo lo que me quedaba. Perrone, al sentir la inundación, se desentendió de su cónyuge que por entonces ya flotaba en perfecta beatitud hacia la nada, elevó el hocico hacia las alturas y soltó un sostenido digno de un aria de Haendel, tan relamidamente placentero que pensé que estaba llorando. Había alcanzado la última iluminación, seguramente. ¡Sublime! —gritó alguien desde la platea. ¡Bravo! —aprobó otro, tocado a fondo por la valentía del supliciado. Pero en general la reacción fue de respetuoso silencio. La sublime fusión de placer y dolor imponen respeto. Retiré entonces el garrote y, paseándome de un lado a otro, mostré a la compañía las trazas de sangre que lo adornaban. Fui premiado con un sobrio aplauso, el aplauso de los conocedores.

Los sirvientes entraron rápidamente en acción. Para el bueno de Perrone hubo primeros auxilios. Higiene y refrescos para todos. La Presidenta y la señora Perrone cuchicheaban y sonreían mirando en mi dirección. Perrone se puso el slip para ayudar a mantener en su lugar los necesarios apósitos. A mi entender la fiesta se había terminado. Dejé que la suave

modorra se expandiera por mi cuerpo. Me equivocaba. Nadie se iba. La compañía esperaba no sé qué señal, o qué desenlace. ¡Pop, pop, pop! se oía saltar los tapones de champagne, y los sirvientes se agitaban llenando y volviendo a llenar copas pronto vaciadas por la sed que contagian los excesos. Sí, eso faltaba, brindar, festejar el éxito de una nueva jornada de la cofradía, unas palabras finales de la Presidenta, pensaba yo hundido en mi sillón, relajándome hasta asomarme al sueño. Me equivocaba. De pronto me despabiló un aplauso. Perrone, no sin dificultades se estaba sentando en el diván y extirpaba, por la portañuela de su slip, su rosado gusano. La señora Perrone se arrodilló entre sus piernas e inclinándose hacia adelante recibió en la boca el atributo viril de su cónyuge, exponiendo sus nalgas abiertas a los avatares del destino.

No moví un dedo. Miré aquello desde el fondo de mi modorra reconociendo para mis adentros que el de la bella Perrone era el ojal más digno de atención que se pudiera pedir —el punto era que yo no había pedido uno. Estaba exhausto y harto, más allá de lo que proclamara por su cuenta mi intacta rigidez. El ojal era de un rosado clarito y tan apretado como si lo hubieran cerrado con un nudito. Hubiera jurado que no se lo utilizaba para expulsar detritos. Su función era ser admirado y homenajeado. Debido a la lubricación, brillaba, como si hubiera sido barnizado para mejor conservación. Dada mi evidente reticencia la concurrencia empezó a batir palmas rítmicamente para pedirme un último esfuerzo. La Presidenta se me acercó y me preguntó con un susurro si necesitaba algún reconstituyente especial. En sus ojos había ansiedad, como si de mi último esfuerzo dependiera el éxito o fracaso de su Presidencia. Debo decirlo, soy blando de carácter. Me emocionó el llamado de mi público y me emocionó la solicitud de la autoridad del evento. AMA —dije, emitiendo limpiamente. Me

sonrió cálidamente, creo que por primera vez en la noche, como si en mi recomendación de amar o en mi reconocimiento de su señorío se cifrara la posibilidad de grandes cosas para nuestro futuro en común. No faltaba más que eso para convencerme.

Respiré hondo y me puse de pie. El llamado rítmico se convirtió en ovación. Estaba realmente emocionado. Sentía que atravesando el desierto de mi agotamiento iría a dar a algo así como el Paraíso Perdido. A mi Paraíso Perdido. Fue como una premonición. La señora Perrone había conseguido erectar el gusanito de su marido, rosadito y dulce, inofensivo como el de un niño. Lo hacía con indudable ternura. Era evidente que de ese inyector y de ningún otro esperaba las maravillas de la maternidad. A mí en realidad me daba náusea la sola idea de desgarrarle el ojal. Pero no otro era el designio de toda la ceremonia, ni el suyo propio. Inútil detenerse en preparativos. Le iba a doler inevitablemente. De manera que apoyé la punta en el nudo gordiano y procedí como un buen conquistador. Debo decir a favor de su experiencia en la materia que engulló la bellota sin inconvenientes. La señora Perrone había dejado de chupar y meneaba el miembro de su cónyuge, cambiando de mano con regularidad y elegancia. Perrone apretaba los párpados y los labios, reconcentrado en el esfuerzo por ofrecer un triunfo a su media naranja. Bien se veía que la eyaculación no se le daba fácilmente.

Traté de abrirme paso y la señora Perrone sintió el dolor despuntando con mucha fuerza como el sol en una mañana de verano. Un gemidito se le escapó desde lo hondo de la garganta, pero no abandonó su tarea. Perrone estaba rojo de hacer fuerza. La cara se le retorció como en la agonía de un estreñido. De hecho, y juzgando sólo por la expresión de su rostro, hubiera sido imposible decir qué estaba tratando de

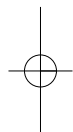
extraer de su cuerpo ni por dónde. Empujé una vez más y sentí claramente cómo el vaso se rajaba. Por Dios —dijo la Perrone, y por un momento detuvo el trepidante remate para concentrarse en dominar el dolor. Hasta el final, de una vez —me dijo, jadeante, y volvió a zamarrear el apéndice de su cónyuge, inclinándose más para colocar la rampa de lanzamiento bien cerca de su boca abierta con la lengua afuera, como el castellano que sale de su castillo para esperar una visita Real. Avancé pues hasta el fondo de las ruinas de su divino ojete. Acabe, acabe —exigió. ¿Acabar? ¿Cómo? Estaba más seco que una piedra por dentro. Pero era evidente que la ceremonia debía cerrarse con otra doble erupción, con el tutti insieme, como los fuegos artificiales. Pues bien, lo intentaría, pero su ojal no volvería a ser el mismo, cosa que me partía el alma.

Me tomé de sus caderas, cerré los ojos y puse manos a la obra. Con cada topetazo la herida se le abría más y ella gritaba más fuerte. A la centésima puntada sentí que quizá alcanzaría un espasmo, aunque era inútil especular acerca de si vendría con emisiones o completamente seco. A la gritería de ella se unieron los gemidos de él. El dolor de ella lo había destrabado. Se amaban realmente de la misma manera. Gritó él al alcanzar la trabajosa meta, grito de liberación que marcaba el fin de su estreñimiento eyaculatorio. La señora Perrone se olvidó de su dolor cuando volaron las moneditas, intentando atraparlas con la lengua en el aire o por lo menos lamerlas de donde cayeran. Hasta que Perrone apoyó su mano sobre la nuca de su cónyuge obligándola a acunar dentro de su boca a su insignificante pero victorioso gusanito. La tiernísima cópula de los Perrone me enterneció y suavizó mi ansiedad lo suficiente como para cruzar también yo la línea de llegada. En ciertas condiciones de tumefacción extrema, lintera ya con el agarrotamiento patológico, es casi imposible

para el titular mismo establecer a ciegas el volumen de la emisión, si es que llega. Si fuera por la sacudida del espasmo, o por la violencia de su impacto sobre el conjunto de mi sistema orgánico, yo diría que pude haberle lanzado en las entrañas un bolo de semen mayor que el que recibió su marido, o bien un triste hilito sanguinoliento, o bien absolutamente nada. No lo sé. Así de fácil. Lo que sé es que quedé en condición de nocaut técnico. Como zombie retiré la pieza ocasionando que la señora Perrone se derrumbara en el piso como muerta, y regresé a mi rincón haciendo eses, como un boxeador que no pudo esquivar ni una sola trompada. La rigidez me dolía como si tuviera un terrible calambre.

En mi mente sólo había una idea, una convicción: la lujuria de los homúnculos y de sus hembras no tenía límites, y para un ser amablemente silvestre como yo podía resultar sencillamente fatal. Mi conciencia y la del chip se fueron apagando. Oí, como se oye un oleaje lejano, la ovación que siguió al estupefacto silencio de la compañía. Era el premio, el reconocimiento a la proeza más allá de la cual ya nada es posible. Los sirvientes se atearon sobre nuestros cuerpos. Oí que alguien decía: Despacio, despacio, no la muevan. Paños frescos me refrescaban y enjugaban mi sudor. El calambre fue cediendo. Alguien dijo cerca de mí: Es una pieza única, habría que cortársela y conservarla como trofeo. Después las voces se fueron alejando, apagándose. Me hundí en la inconsciencia, pero allá en el fondo de la inconsciencia me encontré conmigo mismo. Digo bien: cayendo en el abismo de la inconsciencia iba hacia mí, me acercaba a mí, hasta que estuve conmigo, acompañando mi avance en la oscuridad, hacia un punto de luz remotísimo, un punto de luz del que a medida que nos acercábamos comprendí que era una salida, una salida hacia la luz. Y entonces comprendí: aquello era finalmente el retorno a la espesura, al cañaveral, al mediodía, al

chirriar histérico de la chicharra. Pronto todo sería luz y calor insoportable, escozor de la piel sobre mi húmedo lecho bajo el techito de palmas en medio del cañaveral. Mis labios modularon y sonó mi garganta. AMA... CAMA... LOT... CAMALOTES. La luz ya era enceguecedora. Pronto no habría más que luz. Pronto sonaría el chasquido ensordecedor como si un enorme látigo desgarrara de un lado al otro el firmamento. Y entonces, entre los juncos volvería a centellear el río, y flotaría una isla de camalotes invitándome a dar la vuelta al mundo. Y en la punta del portento una gran mariposa azul estaría libando las dulzuras de mis nínfulas.



Esta edición de
LA BESTIA
se terminó de imprimir
en el mes de setiembre de 2010
en ~~Mastergraf~~ srl
Gral. Pagola 1727 - T. 2034760
MONTEVIDEO - URUGUAY

Depósito Legal N° xxxxxxxx - Comisión del Papel
Edición Amparada en el Decreto 218/96